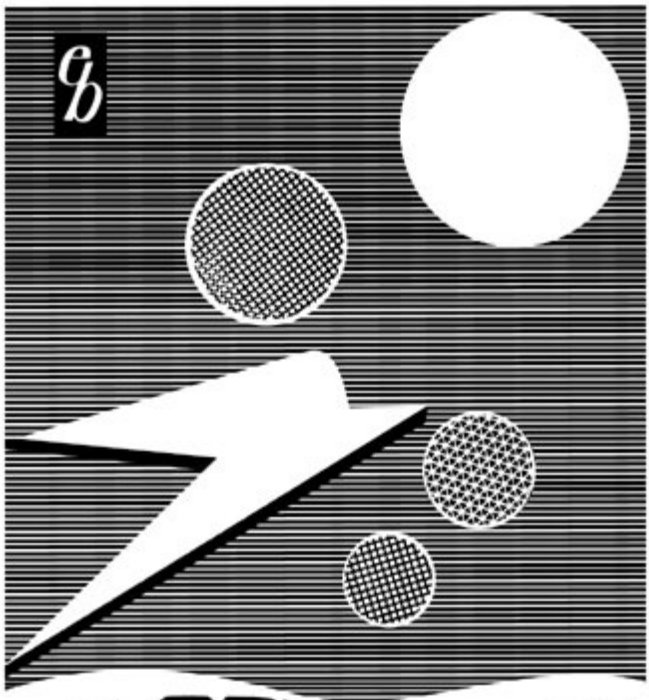
CRONOCLISMO

GLENN PARRISH

BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

10 – Muñecos de muerte, *Marcus Sidereo*.
11 – Plaza para un planeta, *Glenn Parrish*.
12 – El canje, *Ralph Barby*.
13 – Fronteras del terror, *Peter Debry*.
14 – Un enviado a la Tierra, *Marcus Sidereo*.

GLENN PARRISH

CRONOCLISMO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 15
Publicación semanal
Aparece los VIERNES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 34.489 - 1970

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1970

© Glenn Parrish - 1970
Sobre la parte literaria

© Miguel García - 1970
Sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1970

CAPITULO PRIMERO

El hombre tenía un nombre cualquiera y, bien mirada, carecía de importancia social. Era, simplemente, una persona.

Uno más entre miles de millones de habitantes del planeta, un hombre joven, con un buen empleo, ilusiones, confianza en el porvenir y una chica bonita en sus perspectivas futuras.

Se llamaba Smith y estaba en una esquina esperando a su novia, con una rosa en la mano. Smith se sentía dichoso.

La boda era ya cuestión de semanas. Al cabo de mucho tiempo y de innumerables trámites, Smith había conseguido un pisito compuesto por cocina, comedor, baño y un dormitorio. Para empezar, bastaba.

Smith era feliz. Era el prototipo del hombre contento con su suerte.

Tenía un buen sueldo, era joven, gozaba de una salud de hierro y se iba a casar. ¿Qué más podía pedir?

El futuro se le presentaba color de rosa.

Al menos, así lo creía, ignorante de que, en aquellos momentos, estaba siendo Observado a través del visor de puntería de un fusil.

*

El fusil tenía una forma ligeramente diferente de la convencional: un cañón algo más grueso, rematado en una protuberancia cilíndrica que casi parecía un bote de conservas, y montado sobre un trípode firmemente anclado en el suelo de cemento.

Carecía de culata y el visor, que parecía un antiguo largavista, estaba situado paralelamente al cañón. El trípode tenía una pequeña plataforma superior provista de dos ruedecillas, alcance y dirección, para efectuar una buena puntería.

A un metro del trípode había una especie de pupitre de control con numerosos indicadores. Varias lamparitas de distintos colores centelleaban con rápidas alternativas.

Había dos hombres en la estancia, sumida en la penumbra. Uno de ellos estaba en pie, detrás del fusil.

El otro se hallaba sentado frente al pupitre, observando con detenimiento las indicaciones de los instrumentos de control y medida. Un grueso cable, de unos cinco centímetros de diámetro, conectaba el fusil al pupitre de mando.

—El objetivo está a la vista —dijo el hombre que estaba tras el fusil.

Sorprendentemente, el arma estaba encarada frente a una pared de cemento. El hombre sentado ante el pupitre, más viejo que el otro, no formuló ninguna objeción a este respecto.

—¿Lo tienes bien encuadrado, Hiisk? —preguntó. Hiisk aplicó el ojo al visor y movió ligeramente las dos ruedecillas, hasta conseguir que la cruz filar coincidiese exactamente con el pecho de la víctima.

—Sí, doctor —contestó—. Pero...

—Dime, Hiisk.

—Me asalta una duda, doctor.

—¿De qué se trata?

—Esto... bueno, yo me pregunto si hacemos bien...

—¿Por qué íbamos a obrar impropiamente? He hecho un detenido examen cronoscópico de Smith. Los resultados, tú los conoces tan bien como yo, Hiisk.

—Sí, doctor, pero...

El viejo se impacientó.

—¿Por qué no hablas claro de una vez, Hiisk?

—Bueno, verá... Yo me pregunto si era necesario que Smith... A fin de cuentas, la perturbación cronológica se producirá en nuestra época. En lugar de Smith, podríamos...

—No —rechazó el viejo contundentemente—. Los males se atacan siempre desde la raíz, Hiisk. Si permitiéramos un desarrollo normalmente cronológico de la existencia de Smith y sus descendientes, la perturbación acabaría por producirse inexorablemente. ¿Acaso no has visto la filmación que hice en mi examen?

Hiisk suspiró.

—Sí, doctor. Pero sigo opinando...

—Basta —cortó el viejo con seco acento—. Está probado concluyentemente que Smith debe desaparecer. De lo contrario, nuestra civilización se hundirá en las tinieblas.

—Un poco fuerte me parece eso, doctor.

—Pero rotundamente cierto. Resulta deprimente tener que cortar el hilo de una existencia humana; sin embargo, es preferible al hecho de que se pierdan cientos o acaso millones de vidas por no haber actuado a tiempo. ¿Lo comprendes ahora, Hiisk?

—Sí, doctor.

—Bien, en ese caso, dime en qué condiciones está el objetivo.

—Visualmente óptimas, doctor.

—Y también cronológicamente —afirmó el viejo. Dio media vuelta a una llave y dijo—: Listo, Hiisk.

Hiisk aplicó el ojo al visor. Rectificó ligerísimamente la puntería y apretó el gatillo.

Extrañamente, no se oyó la menor detonación. Pero el disparo

había sido efectuado y la bala alcanzó su blanco.

*

Los ojos de Smith se iluminaron. Sí, allí venía ya su novia.

Smith dio un paso, con la sonrisa en los labios. La muchacha le vio y agitó alegremente una mano.

De pronto, Smith sintió un dolor intensísimo en el pecho. Su boca se torció grotescamente.

Las rodillas se le doblaron. Empezó a caer.

Su novia gritó. La gente se detuvo primero y luego se arremolinó.

—¡Dick, Dick! —gritó la muchacha.

Llena de espanto, se arrodilló junto al caído. Sus ojos contemplaron horrorizados la mancha de sangre que se extendía lentamente en el pecho.

—Le han matado —gimió la chica, sin comprender por qué había ocurrido una cosa semejante.

Acudió la policía. Vino una ambulancia y se llevó una gran sorpresa cuando recibió los primeros informes.

—Aquí está el proyectil homicida, jefe —declaró uno de los técnicos del laboratorio policial.

—¿Lo han examinado ya?

—Sí, señor.

—¿Han obtenido alguna conclusión que nos permita llegar a una pista viable?

—Temo mucho causarle una gran decepción, señor —manifestó el técnico.

El comisario arqueó las cejas.

—¿Qué sucede, muchacho?

—La bala, jefe. Todos cuantos la hemos examinado coincidimos en lo mismo. —y lo mismo, ¿qué es?

—Señor, la bala que mató a Dick Smith no se parece a ninguno de los modelos conocidos hasta ahora. No sólo el diseño, sino también los metales que entran en su composición. Diríase que ha sido fabricada en una época mucho más adelantada que la nuestra.

*

Farrey Gighton, más conocido por Pip entre sus amistades, se sentía la mar de contento.

En el año de gracia de 2196, Pip tenía un magnífico empleo: era ejecutivo de categoría en una poderosa empresa y sus probabilidades de progresar ofrecían perspectivas aún más satisfactorias.

Por otra parte, Pip se sentía lleno de vitalidad.

Desbordaba de vitalidad a sus treinta y seis años, que parecían diez menos, merced a los adelantos médicos. Tenía un despacho lujoso, una encantadora secretaria, un precioso apartamento en la capital y una casa de campo en las montañas, además de una saneada cuenta corriente en el Banco.

¿Podía pedir más?

Una esposa joven y encantadora, pero, por supuesto, Pip podía esperar todavía algunos años más.

«El promedio de vida humana bordeaba los doscientos años. ¿Para qué correr en este asunto del matrimonio?», se decía.

Ahora, además, iba a recibir la visita de un prominente personaje, de quien se decía estaba destinado a alcanzar elevados puestos en la política. Presidente o algo por el estilo, dentro de cinco años, a más tardar.

Lo malo era que su visitante tenía un genio bastante vivo en según qué ocasiones. De todas formas, ahora iban a tratar de negocios y Pip confiaba en que el muy honorable Edward Jaskar se portase con moderación y cordura.

La secretaria entró con unos papeles para la firma. Pip la miró críticamente.

«Estas chicas de hoy día dejan muy poco a la imaginación», pensó, al observar el sucinto atavío de la secretaria.

Ella se inclinó ostentosamente al pasarle dos documentos. Pip apartó la vista.

No quería tentaciones en el trabajo; siempre se acababa con líos gordos: Ni siquiera fuera del trabajo con alguien que trabajase en la misma empresa.

Firmó.

—Le recuerdo que el señor Jaskar llegará dentro de pocos minutos —dijo la secretaria.

—Bien, Mary, páselo apenas llegue.

—Sí, señor.

Mary se alejó con generoso contoneo de caderas.

—Pierdes el tiempo, guapa —murmuró Pip. Minutos más tarde, Mary abrió la puerta.

—El muy honorable señor Edward Jaskar —anunció.

Jaskar entró en el despacho con la sonrisa en los labios. Pip se puso en pie.

—Querido señor Jaskar —saludó.

—¿Cómo está, amigo mío? —dijo Jaskar melifluamente, a la vez que le tendía la mano.

—Es un placer conocerle en persona, señor —dijo Pip, procurando no mostrar exteriormente la poca gracia que le hacía estrechar una mano fría, blanda y viscosa como el cuerpo de un molusco—.

Siéntese, por favor, honorable.

—Oh —rió Jaskar suavemente—, deje los tratamientos a un lado, amigo Gighton. Llámeme Ed, como lo hace todo el mundo.

—Sí, señ... digo, Ed. A mí los amigos me llaman Pip. Es un mote de los tiempos universitarios —aclaró el joven.

—Siempre he opinado que los tratamientos sencillos facilitan el acercamiento entre las gentes —declaró Jaskar pomposamente—. Le llamaré Pip, si no le importa.

—Será un placer, Ed.

Pip contempló a su visitante. El ostentoso atuendo que usaba desdecía por completo de sus afirmaciones de sencillez y llaneza. Túnica rojo dorada, sujeta con un enorme broche de oro y diamantes en el hombro izquierdo, anillos de precio por todos los dedos, un pendiente de cuarzo en la oreja izquierda —era la última moda—, y un diminuto rubí en cada uña de los dedos de los pies —también última moda.

«Y este tipo quiere ser nuestro presidente», pensó Pip lúgubremente.

Pero había que pensar en las circunstancias y posiciones sociales respectivas. No le quedaba otro remedio que poner buena cara a su pomposo visitante.

—Ed, ¿en qué puede servirle un humilde empleado como yo? —preguntó.

Jaskar soltó una risita.

—Nada de humilde, querido Pip. Me han hablado muy bien de usted y de sus aptitudes y he pensado que...

Pip se quedó sin saber qué pensaba Jaskar, porque, de repente, se encontró solo en el despacho.

CAPITULO II

Parpadeó. Se pellizcó. Se mordió el labio con fuerza. Estaba despierto. No soñaba.

Pero, ¿a dónde demonios se había ido Jaskar?

Pip se puso en pie y dio una vuelta completa por el despacho, contemplando con ojos absortos el sillón en que su visitante había estado sentado hasta unos momentos antes.

«¿Cómo diablos se ha marchado?», gruñó.

Empezó a sentirse mal. La entrevista con Jaskar era muy importante para él, no sólo en el sentido comercial, sino también en el social.

«A ver si Mary ha visto algo...»

—¡Mary!

La secretaria se presentó instantáneamente, materializándose en el centro del despacho. Pip dio un salto.

—¡Maldita sea! Mary, le tengo dicho mil veces que no use su traslator instantáneo cuando la llame —dijo de mal talante.

—Perdón, señor, pero como me pareció que tenía prisa...

—Estoy un poco nervioso, eso es todo —dijo Pip—. ¿Dónde está el señor Jaskar?

La chica puso cara de tonta.

—¿Señor Jaskar? ¿Quién es? —preguntó. Pip se puso las manos en los costados.

—Mary, no me irá a decir ahora que no ha oído hablar en su vida del señor Jaskar —gruñó.

—Lo siento, señor Gighton, pero...

—Mary, Mary, no juguemos en las horas de trabajo. Hace unos minutos, menos de cinco, yo tenía aquí una visita. Su nombre es Edward Jaskar, importante hombre político. ¿Lo ha visto usted salir?

Mary hizo un signo negativo.

—Le ruego me perdone, pero hoy no ha venido nadie a visitarle con ese nombre —contestó.

—¿Está tomándome el pelo? —dijo Pip de mal talante.

—¡Señor Gighton!

Pip se pasó una mano por la cara.

—Esa visita estará registrada en su agenda. Tráigala, por favor —pidió.

—Al momento, señor Gighton.

Mary salió, para volver a los pocos instantes con una libreta en las manos.

—Insisto, señor; el nombre de Edward Jaskar no figura para nada

en los horarios de las citas que tiene usted concertadas —declaró.

Pip le arrebató la agenda.

Segundos después, su frente se cubría de sudor. —Entonces, ¿lo habré soñado? —murmuró. Permaneció dudando unos momentos. Luego, de repente, recordó un detalle.

—Mary, Edward Jaskar es consejero de la Interfinancial —dijo—. Llame a las oficinas de esa empresa y pida una conferencia telefónica.

—Sí, señor; ahora mismo.

Mary se acercó a la mesa y pulsó la tecla de contacto del fonovisor.

—Con la Interfinancial —pidió a la centralita. Momentos después, una voz femenina anunciaba, que hablaba desde las oficinas de la Interfinancial. Mary dijo: —Deseo comunicación con el señor Jaskar, por favor.

—¿Jaskar? —repitió la otra—. Lo siento, no hay aquí ninguna persona de ese nombre.

—Está bien, muchas gracias.

Mary cortó la comunicación y se volvió hacia su jefe. Se asustó. Pip tenía la cara blanca como la nieve.

—¿Van a hacerme creer que Jaskar no ha existido jamás? —exclamó.

*

Aquella noche, Pip hizo lo que hacía en muy contadas ocasiones: se emborrachó.

Al día siguiente, faltó al trabajo. Dijo que estaba enfermo y se quedó todo el día en casa.

«Yo vi a Jaskar, estuve hablando con él, estreché su mano blanda y viscosa, contemplé su ostentosa vestimenta y sus joyas...»

Empezó a pensar si estaba volviéndose loco. Para salir de dudas, consultó a un psiquiatra amigo suyo.

El psiquiatra le encontró Sano como una pera.

—Quizás algo de exceso de trabajo —apuntó.

—Tengo trabajo en la oficina, pero no mata —gruñó Pip.

—De todas formas, te conviene un poco de descanso.

Aire libre, campo, dormir diez horas seguidas...

—Ordinariamente duermo como un tronco —bufó el joven.

—Comidas sanas y sin complicaciones...

—Digiero piedras.

—Descanso, descanso, Pip; las alucinaciones desaparecerán bien pronto.

—¡No fue ninguna alucinación! —tronó Pip, harto ya de lo que consideraba un examen rutinario.

Y se fue, pegando un portazo.

Había visto a Jaskar. Había hablado con Jaskar. ¿Por qué, pues, todo el mundo se empeñaba en decir —que Jaskar no existía?

Mary no lo había visto; la cita no estaba anotada en la agenda. En la Interfinancial no habían oído hablar jamás de Jaskar.

Entonces, ¿de dónde se había sacado él a semejante personaje?

«¿No será una creación de mi mente?». Consultó con otro psiquiatra.

Las respuestas fueron las mismas: exceso de trabajo.

Sin embargo, el tratamiento difería un poco.

—Yo le sugeriría un viaje al pasado, señor Gighton —dijo el psiquiatra.

—¿Al pasado? —repitió Pipo

—Sí, la contemplación en vivo de los hechos históricos tranquiliza el intelecto y, por ende, el tono corporal general...

Pip salió de la consulta pensando en que todos los psiquiatras estaban aún peor que sus clientes.

De pronto se le ocurrió formularse una pregunta:

«¿Y si de verdad hubiera sido una alucinación suya?» En tal caso, lo mejor era olvidar el asunto y seguir haciendo una vida normal. Olvidándose de Jaskar por completo, sus problemas quedarían resueltos en el acto. Porque, bien mirado, ¿qué diablos se le importaba a él de Ed Jaskar y de toda su ralea?

Pip tomó la decisión aquel mismo día, en su casa, después del almuerzo. Se sintió considerablemente mejor una vez hubo lanzado a Jaskar por la borda de su memoria.

Pip residía en un altísimo rascacielos, donde, gracias a las influencias, y al dinero, por supuesto, había conseguido un estupendo ático, terraza ajardinada. En la primavera y hasta que llegaban las vacaciones, la terraza era su refugio predilecto.

Después del almuerzo salió a tumbarse un rato en una hamaca. Entonces vio a su nueva vecina.

El ático contiguo había estado deshabitado hasta entonces. Pip se fijó en la muchacha que estaba en la terraza de al lado.

Parecía muy ocupada en algo que Pip no podía ver bien, debido a la valla de separación, cubierta de plantas trepadoras y arbustos con flores. Estaba inclinada ligeramente hacia adelante, mirando un objeto que tenía en las manos con singular atención.

Atraído por la curiosidad, Pip se acercó a la valla y pudo apreciar la elevada estatura y la esbelta silueta de la muchacha. Lo que más le chocó fue el colar tornasol de su larga cabellera, suelta sobre los hombros.

Lo que ella tenía en las manos parecía un detector algo por el estilo, provisto de una antena de unos sesenta centímetros de largo,

que se bifurcaba en dos ramas en el extremo, cada una de las cuales, a su vez, se partía en otras dos. Ella vestía un mono corto de una sola pieza, de color rojo vivo, que dejaba brazos y piernas enteramente al descubierto.

—Hola —saludó sin poder contenerse—. Soy su vecino.

La chica le miró, sin sonreír. Pip vio que tenía los ojos muy hermosos; las pupilas hacían juego con el tornasolado del pelo.

—Hola —contestó.

—Me llamo Farrey Gighton. Los amigos me llaman Pip.

Ella hizo un ligero gesto de aquiescencia. —Soy Bryna Goss —se presentó.

—Encantado, Bryna. ¿Qué está haciendo? ¿Hay indicios de radiactividad en las inmediaciones?

—No.

—¿Puedo ayudarla? Soy ingeniero electrónico...

Bryna hizo un gesto de impaciencia.

—¿Quiere dejarme en paz? —pidió—. Estoy muy ocupada. Se lo ruego, no me moleste.

—Lo siento, señorita; no quería molestarla.

—Pero me está molestando. Cállese.

—Sí, señorita.

«¡Qué mal genio tiene! Tan guapa como poco amable», pensó Pip.

Y se tendió en la hamaca.

Pero no pudo dormir la siesta. A través de los ramajes, continuaba viendo a Bryna, que se movía lentamente a derecha o izquierda, o haciéndolo adelante y atrás, sin soltar un momento aquella extraña caja.

La chica le intrigaba.

—¿Qué diablos estará haciendo? —masculló.

De pronto oyó la voz de Bryna. Dijo:

—¡Estoy perdiendo el tiempo!

Pip se levantó de un salto.

—Me gustaría ayudarla —insistió. Bryna le dirigió una larga mirada.

—Antes dijo que es ingeniero electrónico —manifestó.

—Sí, aunque desde hace algún tiempo me dedico a la repugnante buena vida del directivo —sonrió Pip—. Pero lo que bien se aprende no se olvida jamás —concluyó.

—Desde luego. —Bryna se mordió los labios—. Tal vez mi detector tenga algún fallo.

—¿Qué es lo que está buscando, señorita Goss?

—Investigo las líneas de curso del tiempo —respondió ella—. Se ha producido una alteración cronológica y trato de localizarla, a fin de evitar sus efectos.

Pip se quedó como estaba antes.

—¿Alteración cronológica? ¡Que me cuelguen si lo entiendo! —exclamó—. ¿Qué efectos produciría esa alteración si fuese cierta?

—Entre otros, mi no existencia —contestó Bryna, muy seria—. Dispénseme, señor Gighton; voy a continuar mi trabajo adentro.

Y antes de que el atónito Pip pudiera reaccionar, Bryna dio media vuelta y se metió en el piso.

CAPITULO III

Al día siguiente, por la mañana, Pip llegó a su trabajo con la puntualidad de costumbre. Olía agradablemente a loción varonil y llevaba una flor en el ojal. Sonreía y caminaba con paso seguro y dominador.

—Buenos días, Mary —saludó a su secretaria—. Tan guapa como siempre, ¿eh? Bueno, como siempre, no; más que ayer, que no estaba yo, por cierto. Qué tiempo tan espléndido, ¿verdad?

La secretaria se esponjó.

—Buenos días, señor Gighton. Celebro su restablecimiento. Ciertamente, hace un tiempo magnífico.

—Desde luego. Gracias por su interés, Mary. ¿Algo de nuevo?

—Sobre la mesa tiene su correspondencia. En la grabadora hay registrados algunos mensajes. También le he dejado una nota, con la lista de las visitas que debe recibir hoy.

—Gracias, Mary; es usted la perla de las secretarias.

Y silbando alegremente, Pip se metió en el despacho.

Revisó la correspondencia y anotó en cada carta lo que deseaba se diera como respuesta. Estudió brevemente la lista de visitas y, finalmente, puso en marcha la grabadora.

La máquina repitió una corta conversación habida la antevíspera con un cliente de escasa importancia. Mientras lo escuchaba, sin oír, Pip contemplaba la lista de visitas.

Había un nombre que le atrajo de inmediato: doctor Solqus, especialista en cronología.

—¿Cronología? —repitió a media voz.

De pronto, se oyó a sí mismo en la grabadora:

—Querido señor Jaskar.

Pip se puso rígido. ¿Qué era aquello?

—¿Cómo está, amigo mío?

—Es un placer conocerle en persona, señor. Siéntese, por favor, honorable.

—Oh, deje los tratamientos a un lado, amigo Gighton. Llámeme Ed, como hace todo el mundo.

—Sí, señ... digo, Ed. A mí los amigos me llaman Pip. Es un mote de los tiempos universitarios.

—Siempre he opinado que los tratamientos sencillos facilitan...

Pip contemplaba la grabadora, que estaba reproduciendo con toda fidelidad el diálogo sostenido con Jaskar. Al cabo de unos instantes, llegó a la última frase de su visitante: —Nada de humilde, querido Pip. Me han hablado muy bien de usted y de sus aptitudes y he

pensado que...

Aquí se interrumpía la grabación. Sin pensárselo dos veces, Pip lanzó un berrido a través del interfono: —¡¡¡Mary!!!

La secretaria, olvidando sus recomendaciones, usó el traslator instantáneo.

—Señor Gighton... —dijo, asustada.

Ceñudo, Pip puso la grabadora nuevamente en marcha.

—Escuche esto —dijo.

—Sí, señor.

Pip Y Mary guardaron silencio durante unos minutos. Al terminar, Mary dijo:

—Es increíble.

—Ahora no me negará que hace dos días estuvo a visitarme el señor Jaskar, ¿verdad?

—Pues...

—Vamos, hable, Mary, no se calle usted.

—Sí, señor Gighton, estuvo el señor Jaskar.

—Gracias, Mary, eso es todo. —Pip consultó la hora—. Creo que el doctor Solqus está a punto de llegar. Hágalo entrar apenas se presente.

—Sí, señor Gighton.

Pip se quedó solo.

«Mira que querer hacerme creer que el señor Jaskar no había estado aquí jamás», masculló.

Y luego se preguntó por qué habría desaparecido tan rápidamente.

«¡Bah, usaría su traslator instantáneo!» supuso.

Era un artefacto muy útil, pero que no acababa de convencerle del todo. Con el traslator, uno podía viajar instantáneamente a cualquier parte del mundo.

Pero se habían dado algunos casos desagradables: un fallo en el funcionamiento podía provocar la desmaterialización definitiva del usuario, o bien, materializarse en el espacio ocupado por otra persona, con catastróficas consecuencias para ambos.

Y para la vecindad, porque los átomos de los cuerpos respectivos entraban en colisión y se producía, una tremenda explosión. La última había derribado una manzana entera de casas, con decenas de muertos y heridos.

Pip prefería los medios clásicos: el aeromóvil, las cintas transportadoras... y las piernas, que andando se hacía ejercicio.

*

Minutos más tarde, entraba el doctor Solqus en el despacho.

—Doctor —saludó Pip.

—Señor Gighton, es un placer —dijo el científico.

Era un hombre de sesenta y tantos años, bajito, regordete, de cráneo calvo y sonrosado y expresión bonachona. Al sentarse, puso sobre las rodillas una cartera de cuero negro que había traído consigo.

—Usted dirá, doctor —habló Pip.

—Se trata de un aparato que deseo me construyan en su compañía, bajo las especificaciones y planos que he trazado yo. Soy muy poco mañoso para los trabajos manuales —sonrió Solqus.

—Eso no es ninguna deshonra —aseguró Pip—. ¿De qué se trata, doctor?

—Soy investigador cronológico, usted ya sabe, máquinas del tiempo y demás.

—Por supuesto. Doctor, permítame que le diga que esos cacharros me dan un miedo espantoso.

Solqus volvió a sonreír.

—Muchos dijeron lo mismo cuando la primera locomotora rodó sobre los carriles. Pero tanto el aprovechamiento del vapor de agua como el de los efectos de las líneas temporales, son obra humana y no hay en ambas empresas el menor signo de brujería.

—Por supuesto, doctor; era sólo una frase.

—Sí, claro. Señor Gighton, le dejaré unos planos y las notas precisas. Usted se encargará de examinarlo todo y formular el presupuesto correspondiente.

—Así lo haremos, doctor. Perdone la pregunta, pero, ¿espera obtener alguna utilidad de su aparato?

—La cronología es una ciencia fascinante —dijo Solqus—. Sobre todo, en su rama de cronoscopia, que, como usted no ignora, es la que estudia los fenómenos pasados o futuros.

—Sí, doctor.

—Mi interés estriba en construir un aparato que permita evitar los cronoclismos.

Pip abrió la boca.

—¿Crono... clismos? —repitió.

—Sí, o cataclismos temporales, lo mismo da. Un cronoclismo es una catástrofe que se puede producir por una alteración de las ondas del tiempo. Previéndolo con anticipación, ese cronoclismo se puede evitar, como se evitan ya los cataclismos de los tornados y tempestades, merced a la predicción del tiempo, o los efectos de los seísmos, prediciendo el lugar y la fecha aproximada donde se va a producir este fenómeno geológico.

—Sí, claro —murmuró Pip—. Seísmo, cataclismo, cronoclismo... El origen filológico es el mismo.

—Exactamente.

Solqus dejó la cartera sobre la mesa.

—Dentro está mi dirección. Envíeme el presupuesto lo antes posible, señor Gighton.

—Sí, doctor.

Pip se quedó solo.

—Cronoclismo —murmuró—. ¡Qué cosas se inventa la gente!

En aquel momento se oyó el zumbador del interfono.

Pip dio el contacto.

—Hable, Mary.

—Señor Gighton, el director general ha anunciado su visita... Ya entra en el antedespacho...

Pip se puso en pie en el momento en que se abría la puerta.

—¿Cómo está, señor Bernton? —saludó amablemente—. Es un placer para mí...

—Hola, Pip —dijo el director general con afable acento—. He venido a verle solamente para decirle que accedo a su petición de vacaciones. Sí, hablando claramente, necesita un buen descanso.

Pip se quedó estupefacto. —Pero, señor Bernton, yo no...

El director general le puso una mano sobre el hombro, con ademán confianzudo.

—Vamos, vamos, Pip, entre nosotros no debe haber motivos de engaño. Está cansado, ha tenido exceso de trabajo y la mente se le resiente. Aquí no nos gusta exprimir a nuestros empleados; todo lo contrario, miramos por su salud, como un padre procura por la de sus hijos. Váyase tres o cuatro semanas por ahí y vuelva cuando se sienta mejor. Sin prisas, ¿eh?

—Pero...

—Ande, ande, Pip, no se sacrifique tanto por la empresa.

El señor Bernton sabía ser persuasivo cuando convenía. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que le pasaba, Pip ya estaba en la calle con un cheque en el bolsillo por el salario de las cuatro semanas de vacaciones que le habían sido concedidas tan graciosa como inesperadamente.

Bernton se quedó en el despacho de Pip cuando éste se hubo marchado. Escuchó la grabación y luego llamó a Mary: —Señorita, le doy las gracias por su aviso —manifestó—. Sí, en efecto, el señor Gighton se obsesionó inexplicablemente con Ed Jaskar, de tal modo, que para probar su existencia, él mismo grabó una supuesta conversación sostenida con ese fantasmagórico individuo. Esa es la única explicación de tan peregrino suceso, ¿me comprende usted?

—Sí, señor —contestó Mary.

—Tendré en cuenta su celo, señorita. Desde luego, esto es algo que no debe repetir a nadie.

—Lo tendré en cuenta, señor Bernton.

El director general miró a la chica de pies a cabeza y la encontró

muy guapa.

Mary sonrió, enseñando ligeramente los dientes, a la vez que sacaba un poco la cadera derecha. El señor Bernton se acercó a ella y le acarició la barbilla.

—Es usted una empleada fiel y laboriosa, y a mí me gusta recompensar esas buenas cualidades. ¿Le gustaría pasar a mi secretaría, señorita? El sueldo será un poco mayor...

Mary entornó los ojos.

—Será un placer, señor Bernton —contestó.

*

Todavía no lo comprendía, pero estaba sin trabajo. No le habían despedido, ciertamente, aunque se le parecía bastante. Pip no acababa de entenderlo.

«¿Será verdad que estoy mal de la cabeza?», se dijo, alarmado.

Para pasar el mal rato, se preparó una copa. Con ella en la mano, salió a la terraza.

Bryna continuaba trabajando con su aparato.

—Hola —saludó alegremente.

Ella se volvió y le dirigió una leve sonrisa.

—¿Qué tal, señor Gighton?

—¿Funciona ese chisme? —preguntó él.

Bryna hizo un gesto de duda.

—No como quisiera —respondió.

—¿Ha comprobado si tiene alguna avería?

—Teóricamente, no debiera tenerla.

—Pero no marcha.

—Así es.

—¿Por qué no lo lleva a la compañía constructora?

Haga que se lo revisen y, si es preciso que lo cambien por uno nuevo.

—Lo veo difícil, señor Gighton.

—¿Por qué? ¿No guarda el certificado de garantía?

—Es que yo soy la autora de este chisme —confesó Bryna.

Pip respingó.

—No soy un tipo anticuado, pero con esa cara y ese tipo...

—Le parece extraño que entienda de estas cosas, ¿verdad? —sonrió la muchacha.

—Pues...

Pip no pudo continuar. Bryna volvió la cabeza hacia el interior y exclamó:

—Dispénseme, llaman a la puerta.

CAPITULO IV

Pip tomó un trago. A través de la divisoria de la terraza oyó la voz de Bryna:

—¿Cómo han dicho, caballeros?

—Tenemos un mandamiento de detención contra usted, señorita —contestó una voz masculina—. Está firmado por el juez Crookes.

—Pero, no entiendo... Yo no he cometido ningún delito —protestó ella.

«¿Será una ladrona?», se preguntó Pip.

—Insisto —dijo Bryna—. Rechazo el contenido de ese mandamiento. Además, ¿cómo justifican ustedes su personalidad?

—¿Quiere ver la documentación? —preguntó el hombre.

—Desde luego.

Hubo una corta pausa de silencio. Luego, Pip escuchó de nuevo la voz de Bryna:

—¡Cronopolicía! ¡Esto es una falsedad! ¡Ese cuerpo policial no existe!

Pip se alarmó. ¿Quién demonios se había inventado aquella palabra?

—¡Les digo que no iré! —gritó la muchacha.

Pip ya no se lo pensó dos veces. Dejó la copa a un lado, tomó carrerilla, puso las manos en el borde superior de la valla y saltó limpiamente al otro lado.

La terraza tenía una puerta amplia que daba a la sala. Bryna forcejeaba desesperadamente con dos individuos.

—Caballeros —dijo el joven.

Los dos individuos se pararon en el acto. Pip examinó sus extrañas vestimentas: ropas grises, con hombreras de plata y casco semiesférico, con una pequeña cresta en la parte superior. En el lado izquierdo del pecho llevaban la reproducción, en plata, de un antiguo reloj de arena.

—¿Quién es este tipo? —preguntó uno de ellos.

—Mi nombre es Gighton, para lo que gusten mandar —dijo Pip tranquilamente—, y, aunque sin querer, he oído las protestas de la señorita.

—Está interfiriendo la acción legal de unos funcionarios —manifestó el mismo sujeto—. Váyase y déjenos en paz.

Pip volvió los ojos hacia la muchacha.

—¿Qué dice usted, señorita Goss?

—Es falso. No existe la cronopolicía.

—Es un cuerpo secreto... —alegó uno de los guardias.

—No hay secretos que valgan. O se van o los echo.

—¿De veras? —se burló el individuo.

Tranquilo, con sonrisa fanfarrona, se acercó al joven. De pronto, levantó la mano derecha.

Pip dejó que la mano llegase casi hasta su cara.

Entonces, levantó las dos suyas, agarró la muñeca del guardia y la retorció rápida y secamente.

El guardia rodó por tierra, lanzando un aullido de dolor. Su compañero pegó un respingo.

—Váyase —ordenó Pip.

El otro guardia llevó la mano a su cinturón. Pip intuyó que iba a sacar un arma y se arrojó contra él, moliéndolo a golpes.

La pelea terminó quince segundos más tarde. Pip se inclinó sobre los caídos, les desposeyó de sus pistolas y luego, a puntapiés y empellones, los sacó al pasillo.

—Y si vuelven por aquí, vendrán policías auténticos y les darán un disgusto gordo —exclamó, a guisa de despedida.

Cerró la puerta, se volvió hacia Bryna y sonrió:

—Asunto concluido —dijo.

Bryna suspiró.

—No sabe qué peso me quita de encima —manifestó—. Estaba muy apurada, créame.

—Bueno, esos falsarios...

—Señor Gighton, no eran falsarios, sino policías genuinos.

La sorprendente declaración de Bryna dejó a Pip sin habla.

—Pero, ¿cómo...?

—Hoy día, aún no existe la cronopolicía. Se creará dentro de unos cincuenta años —declaró Bryna—. Entonces, sus actuaciones, sobre todo si van respaldadas por un mandamiento judicial, sí serán legales.

Pip creía soñar.

—Entonces... esos hombres vienen... del futuro —dijo, articulando con dificultad las palabras.

—Exactamente —confirmó Bryna con grave expresión—. Sí, vienen del futuro, señor Gighton.

*

Los dedos de Pip tabaleaban sobre la mesa incesantemente.

Eran las cuatro de la madrugada. Todavía no se había acostado.

El hecho de haberse peleado con unos hombres que no habían nacido todavía, le tenía desconcertado, sumido en una espantosa confusión.

Las preguntas se atropellaban en su mente. ¿Cómo viajaban aquellos individuos? ¿De qué época venían? Pero sobre todo, ¿cómo

un juez que vivía a cincuenta años en el futuro podía obtener el arresto una persona que para él —el juez—, había vivido medio siglo antes?

De pronto se le ocurrió una idea.

«Claro, debiera haberlo pensado antes», murmuró. Había quien podía sacarle de dudas. ¿No había estado hablando dos días antes con el doctor Solqus? Bueno, dos días no, rectificó. Tres, puesto que ya habían dado las cuatro de la madrugada.

El detalle, en sí, no tenía importancia. De repente Pip se sintió sumamente tranquilo.

Dentro de pocas horas, Solqus resolvería sus dudas.

*

Llamó a la puerta. No tuvo que esperar mucho. Una mujer de mediana edad y presencia agradable apareció a los pocos instantes.

—Usted dirá, caballero.

Pip ensayó la mejor de sus sonrisas.

—Perdone, señora. ¿Podría anunciarme al docto Solqus? —rogó cortésmente,

La mujer le contempló con extrañeza.

—¿Solqus? Lo siento, señor; aquí no vive nadie de este nombre —contestó.

Pip se quedó atónito. —Pero, señora...

—Dispense. Aquí vivimos únicamente mi esposo y yo y nuestro apellido es De Álvaro. —Entonces, ¿no conoce al doctor Solqus?

—Ya le he dicho que no; ni siquiera se le conoce en la vecindad, puedo asegurárselo.

—Gra... gracias, señora.

La puerta se cerró. Pip metió la mano en el bolsillo y sacó el papel en que había anotado la dirección del doctor Solqus, de acuerdo con los datos que le había facilitado Mary, su secretaria.

No cabía duda: todo correspondía. La calle, el número de la casa...

«Sólo que Solqus no vive aquí», masculló enojadamente.

La solución para aquel enigma no era más que una: Solqus había dado una dirección falsa.

*

Estaba empezando a considerar la conveniencia de unos días en el campo.

Tumbado en la hamaca, a seiscientos cincuenta metros sobre el nivel de la calle, Pip pereceaba procurando no pensar en los acontecimientos de que había sido protagonista en los últimos

tiempos. De pronto, oyó que llamaban al timbre de la puerta.

Maldiciendo al importuno, se puso en pie. Entró en el piso, cruzó la sala y el vestíbulo, y abrió la puerta.

Parpadeó asombrado al ver a dos hombres en el umbral. El aspecto no le gustó en absoluto.

Eran dos sujetos altos, fornidos, muy robustos. Vestían ropas holgadas, lo que hizo sospechar a Pip que llevaban armas ocultas.

—Usted es Gighton —dijo uno de ellos.

—Desde que nací —contestó Pip con una sonrisa.

—Déjese de bromas —rezongó el sujeto—. Queremos hablar con usted.

—Todavía no se han presentado...

—Yo soy Alfie Broth. Este es Sam Lwow.

—Encantado, señor Broth. A usted le digo lo mismo, señor Lwow. ¿Quieren pasar? —invitó, de no muy buena gana.

Broth le apartó con el brazo.

—A eso hemos venido —rezongó.

Los dos hombres cruzaron el umbral. Lwow cerró la puerta. Broth se encaró con Pip y le espetó una pregunta: —¿Dónde está Jaskar?

*

Pip guardó silencio durante unos instantes. Respiraba hondo, mientras trataba de poner en orden sus pensamientos.

—¿No contesta? —se impacientó Lwow.

—Con que al fin hay quien conoce a Jaskar —dijo Pip.

—Sí, nosotros; y le estamos buscando —exclamó Broth.

—Sólo queremos que nos diga dónde está —agregó el otro.

—¿Cómo quieren que lo sepa yo? —protestó Pip de mal talante.

—El señor Jaskar estuvo a visitarle a usted en su oficina.

—Lo admito.

—Pero ya no salió de allí.

—Usó su traslator individual.

—¡Miente!

Pip miró a Lwow, que era el autor del apóstrofe.

—Desapareció —dijo—. Si no usó su traslator instantáneo, dígame entonces cómo lo hizo.

—A Jaskar no le gustaban esos artefactos, No los usaba jamás —afirmó Broth.

—¿Son ustedes amigos suyos?

—Sí, muy amigos.

Pip meneó la cabeza.

—No se puede decir que las amistades de quien pretende ser presidente sean muy recomendables.

Broth le agarró por el cuello de la camisa y lo sacudió con fuerza, a la vez que gritaba:

—¡Conteste o le vapuleamos!

Pip se impresionó un poco. Los dos sujetos eran muy fuertes y no esperaba tener éxito si admitía una lucha cuerpo a cuerpo.

—Bueno, por muchos golpes que me den, no me sacarán más de lo que ya les he dicho.

—Está bien —masculló Broth—. Sam, prepárate.

—Con mucho gusto, Alfie.

Broth lanzó al joven sobre un diván. Luego, metiendo la mano bajo su holgada blusa, sacó un trozo de cable de acero, de unos treinta y cinco centímetros de longitud, forrado de lona.

—¿Empiezo? —preguntó, sonriendo torvamente.

Al mismo tiempo, se daba suaves golpecitos en la palma de la mano con la verga. Pip sintió que la frente se le llenaba de sudor.

De pronto, se oyó una voz femenina:

—Toque a ese hombre y le convertiré en gas instantáneamente.

CAPITULO V

Pip lanzó un sonoro suspiro de alivio. Broth y Lwow se sobresaltaron.

—Baje ese cacharro, señora —gruñó el primero. Bryna avanzó un par de pasos, con la pistola en la mano.

—Váyanse y no me obliguen a disparar —dijo en tono perentorio.

Pip se puso en pie. Dio la vuelta y se situó detrás de Broth, desposeyéndole de una pistola desintegrante. Con Lwow hizo lo mismo.

—Ahora, obedezcan. Salgan de mi casa.

Los dos sujetos se encaminaron hacia la puerta.

—Volveremos a vemos —aseguró Broth ceñudamente. Pip cerró de un portazo. Luego se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—Gracias, señorita Goss —dijo. Ella sonrió también.

—Me pasó algo parecido a usted. También oí voces desde mi casa...

—Inconvenientes de los pisos modernos, aunque, en este caso, ha sido una ventaja. ¿Me permite invitarla a una copa?

—Con mucho gusto.

Pip preparó dos vasos y le entregó uno. Bryna había dejado su pistola sobre una mesa.

—No sabe cuánto celebro tener una vecina tan encantadora —dijo él, después del primer sorbo.

—Si quiere que le diga la verdad, yo también me siento muy contenta de su vecindad, señor Gighton.

—¿Hay algún motivo especial para ese júbilo?

—Sus conocimientos científicos.

Pip miró a la muchacha un instante.

—Es cierto —contestó—. Ya me había olvidado que tiene problemas con un detector que usted misma ha construido.

—Me gusta ser sincera. Iba a llamarle cuando escuché la discusión que tuvo con esos dos individuos. Ya estaba junto a la valla en ese momento.

—La verdad es que no puedo por menos de felicitarme —dijo él—. Y la ayudaré con sumo placer.

—Gracias, señor Gighton; sabía que no me defraudaría. Además, tengo que decirle una cosa.

—¿Sí?

—Hubo algo que me llamó muy especialmente la atención en la conversación que usted sostenía con esos tipos. Se trata de un nombre.

—Jaskar.

—El mismo.

—¿Lo conoce usted?

—No, pero es el protagonista de un cronoclismo que yo trato de evitar a toda costa —respondió Bryna.

A Pip ya no le extrañaban algunas cosas. Ya encontraba todo completamente natural.

—¿Qué clase de cronoclismo? —preguntó.

—La desaparición de la humanidad —contestó Bryna con firme acento.

*

Bryna escuchó en silencio todo cuanto Pip tenía que decir acerca de Jaskar. Al terminar, hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—No cabe la menor duda; Jaskar dejó de existir.

—¿Muerto?

—No. Sencillamente, tal como están las cosas ahora, no ha existido jamás.

—No entiendo nada —declaró Pip, confuso.

—Es bien sencillo —explicó Bryna—. ¿Puede existir un hombre que no ha nacido jamás?

Pip se pasó una mano por la cara.

—¿Quiere decir que Jaskar no ha nacido? ¿Y sus padres?

—Tampoco han existido, señor Gighton.

—Necesito un trago —dijo Pip quejumbrosamente.

Llenó una copa y bebió la mitad de golpe. Luego volvió los ojos hacia la muchacha.

—Los padres de Jaskar no han existido —repitió.

—No, ni sus abuelos ni... En tiempos pasados, alguien provocó una perturbación temporal, un cronoclismo, para entendemos. Por tanto, los antepasados directos de Jaskar no llegaron a nacer.

—¿Cómo se provocó ese cronoclismo? —preguntó Pip.

—A mi entender, sólo de una manera. Y violenta, además.

—Homicidio.

—Sí.

—El homicidio, si es voluntario, se califica de asesinato.

—Lo sé —contestó Bryna.

—Entonces, su interés, ¿estriba en...?

—En encontrar al antepasado de Jaskar que fue asesinado y evitar que se cometa ese asesinato.

Pip se pasó una mano por la cara. ¿Cómo iban a evitar el asesinato de una persona que ya había sido asesinada?

*

Examinó el aparato con gran curiosidad. Habían cenado juntos en casa de Bryna, a quien sus conocimientos científicos no le impedían ser una excelente cocinera. Luego, tras una corta sobremesa, Bryna sacó su detector.

—Localiza las ondas temporales y permite su determinación en los dos sentidos, es decir, adelante y atrás.

—Pasado y futuro —dijo Pip.

—Exactamente. Pero hay algo que falla.

—¿Qué es, señorita Goss?

—Las ondas referentes a Jaskar tienen una definición muy poco clara. Se difuminan por completo a partir de sus abuelos.

—Y se pierden.

—Es la frase correcta.

Pip contempló el artefacto desde todos los ángulos.

—Hágame una demostración —pidió.

—Con mucho gusto.

Bryna manejó unas cuantas teclas y botones y luego presionó un botón de color ámbar. Un punto luminoso, circuló lenta y nítidamente, por una pequeña pantalla verdosa.

—Es la línea temporal de Jaskar. Vea a su derecha el indicador de épocas, en años.

Junto a la pantalla, había una ranura en la que giraban unas cifras, al compás de los movimientos del punto luminoso. Bryna movió un dial y las señales aumentaron en rapidez.

Pip vio que las fechas, expresadas en años, descendían rápidamente. En pocos minutos pasaron del año 2190 al 2127.

—Ya estamos con los abuelos de Jaskar —anunció Bryna.

Pip fijó la vista en la pantalla. El punto luminoso era ahora muy débil. Al llegar al año 2105, se desvaneció por completo.

—No he podido pasar de ahí —confesó la muchacha desalentada.

—¿Cree que la culpa estriba solamente en el detector?

Bryna calló unos instantes.

—¿No habrá alguna interferencia temporal en el dos mil ciento cinco? —sugirió Pip.

—Podríamos averiguarlo —dijo ella pensativamente.

—¿De qué manera, señorita Goss?

—Muy sencillo —contestó la muchacha—; trasladándonos a esa época e investigando directamente sobre el terreno.

Pip se estremeció.

—Viajar en el tiempo —exclamó.

—¿Tiene miedo? —preguntó Bryna, sin pizca de ironía.

—Se me ponen los pelos de punta sólo de pensarlo —respondió

Pip con toda franqueza.

*

Pero iría, lo decidió aquella misma noche, después de una dura lucha consigo mismo en la soledad de su dormitorio.

Al día siguiente, comunicó su decisión a la muchacha.

—Muy bien —dijo Bryna, impasible—. Emprenderemos el viaje hoy mismo.

—Yo me pregunto dónde está el cacharro que nos va a permitir hacer el viajecito —manifestó Pip.

—No se preocupe, déjelo de mi cuenta.

—¿Tardaremos mucho?

—Quizás hasta la tarde.

—Bien, en ese caso, saldré. Tengo que hacer algunas cosas.

Lo que Pip tenía que hacer era bien sencillo. Esperó hasta el mediodía. Sabía que a esa hora, las oficinas de su empresa quedaban desiertas. Todos los empleados, del primero al último, acudían a la cafetería del edificio a tomar el bocadillo de las doce.

Disponía de media hora de tiempo y trató de no desaprovecharla. Lo que buscaba no estaba en su despacho.

Al cabo de unos segundos, llegó a una conclusión y se dirigió al despacho de Bernton. En un armario encontró la cartera negra del doctor Solqus.

La abrió. En el interior de la tapa encontró un tarjetero con la dirección del científico.

Una exclamación de ira se escapó de sus labios.

—¿Por qué me ha engañado esa estúpida? —masculló.

Anotó la dirección rápidamente y dejó la cartera donde la había encontrado. Los documentos contenidos en su interior ni siquiera habían sido examinados.

Una vez hubo terminado, se dispuso a salir. Entre unas cosas y otras, se le había pasado ya casi todo el tiempo disponible.

Dejó el despacho y llegó a la secretaría. Cuando se disponía a salir, vio que se abría la puerta.

Maldiciendo su mala suerte, se lanzó detrás de una fila de altos archivadores. La voz de Bernton sonó en sus oídos: —¿Noticias del señor Gighton, Mary?

—Ninguna, señor.

—Estará descansando. Buena falta nos hace.

—Sí, señor.

Pip asomó un ojo por la esquina del armario metálico. Bernton y su secretaria estaban abrazados y se besaban furiosamente.

«Vaya, quién lo diría. El puro, el honesto, el inflexible Bernton...

sucumbiendo como cualquier mortal a los encantos de una Circe de pacotilla, comentó para sí sarcásticamente.

—Esta noche iré a tu casa —prometió Bernton.

—Sí, querido. Pero llévame lo que me prometiste.

—Mary frotó significativamente el índice y el pulgar—. De lo contrario, hablaré.

—Qué desinteresada eres —dijo Bernton. Mary se ahuecó el pelo con coquetería.

—El sueldo es bueno, pero los trapos cuestan mucho —respondió.

—No será por el exceso de tela de tu vestido —dijo el hombre mordazmente.

—La ropa de la mujer, cuanto menos tela, más cara. ¿Me lo llevarás?

—Lo intentaré.

—Hazlo, querido, o hablaré a alguien de la dirección falsa que me obligaste a dar, entre otras cosas. ¿Verdad que lo harás?

Bernton apretó los labios.

—Tu hermosura corre pareja con tu amoralidad —calificó.

Mary soltó una carcajada.

—¡Miren quién viene ahora a presumir de honestidad! —contestó sarcásticamente—Tú no estás para arrojar la primera piedra, sino para que te arrojen una montaña entera.

—Basta, Mary, ya está bien. De acuerdo, te llevaré lo prometido.

—Eso está mejor. —Ella le guiñó el ojo—. Y no quedarás descontento de mí.

—Muy bien, Mary. Y ahora, al trabajo. —El tono de Bernton se hizo oficial—. Entre en mi despacho; señorita; tengo que dictarle unas cartas.

—Sí, señor.

Bernton y la secretaria desaparecieron de la vista de Pip, quien se escurrió rápidamente hacia la puerta.

Estaba indignado. Mary le había traicionado, pero no por sí misma, sino porque Bernton se lo había ordenado.

Sería cosa de investigar los motivos de la conducta de Bernton, se dijo, pero por el momento no podía. Lo haría de vuelta de su viaje a principios del siglo en que se hallaba.

CAPITULO VI

—¿Está preparado? —preguntó Bryna.

—Desde luego.

—Bien, entonces, vamos.

Salieron de casa. Bryna le había recomendado que se llevase un par de botas fuertes y un chaquetón.

—No sabemos el clima que encontraremos en aquella época —había dicho la joven, equipada de análoga manera.

Bryna llevaba en las manos una caja cuadrada, forrada de piel negra. Pip estimó conveniente llevar una pistola. No sabían los riesgos que podían surgirles en su aventura temporal.

Un aerotaxi les llevó a una casa situada en las afueras. Pip pagó el importe del viaje y luego se apearon los dos.

La casa estaba rodeada de un jardín. En la parte posterior, había un cobertizo.

—El cronomóvil está ahí —señaló Bryna.

—¿De dónde lo ha sacado? —inquirió él.

Bryna hizo un gesto ambiguo. Pip entendió que no quería dar explicaciones.

—He alquilado la casa especialmente —dijo ella.

—De este modo, consigue discreción.

—Sí.

Bryna abrió la puerta del cobertizo. Pip vio entonces un extraño artefacto, que parecía una media esfera, transparente, situada sobre una base de forma cilíndrica, de unos dos metros de anchura por cuarenta centímetros de grosor.

En el interior de la cúpula había dos cómodos sillones. Bryna presionó un botón exterior y la mitad de la cúpula giró hacia arriba.

—Entre —invitó.

Bryna ocupó el sillón de la derecha. Pip se sentó a su lado.

La cúpula se bajó. Delante de los dos había un pupitre de mando, con numerosas esferas, indicadores y teclas de control. Las manos de Bryna se movieron rápida y hábilmente sobre los mandos.

—Bueno —dijo de pronto, a la vez que avanzaba hacia delante una pequeña palanca—, vamos al año dos mil ciento cinco.

Un tenue zumbido se dejó oír en el acto. Pip observó que todo parecía girar vertiginosamente en torno a ellos. Los objetos perdieron su coloración y tomaron una gris, en la que no se advertían formas de ninguna clase.

Bajo la cúpula, sin embargo, todo parecía normal.

Durante unos minutos, permanecieron sumidos en aquel gris

crepúsculo hasta que, de pronto, empezaron a verse las cosas de nuevo.

Súbitamente, se hizo la luz. Pip observó con asombro que se encontraban en el centro de un espesísimo bosque.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En el año dos mil ciento cinco —respondió Bryna con voz firme.

Levantó la cúpula y saltó al suelo. Pip la siguió en el acto.

—¿Y la ciudad? —preguntó—. ¿Dónde está? Bryna se volvió y le miró largamente.

—¿Ya no se acuerda de que, a finales del siglo pasado, hubo una guerra total, guerra que recibió el irónico calificativo de «Limpia», a pesar de lo cual murieron miles de millones de personas?

*

Pip asintió. Si, recordaba aquel conflicto.

—Lo llamaron la «Guerra Limpia», porque las bombas que emplearon no dejaron el menor rastro de radiactividad.

—Fue una guerra sucia, como todas las guerras.

Causaron catástrofes sin cuento y la humanidad retrocedió casi a la prehistoria.

—Ahora ya no se nota...

—En nuestra época, ha pasado un siglo y sobrevivió mucha gente culta. Eso es lo que nos ha salvado —dijo Bryna.

No lejos de aquel lugar, Pip divisó una pared derruida, cubierta de hierbajos.

—¿De qué edificio formó parte ese muro? —dijo a media voz.

—Eso ya no importa ahora. Vamos, tenemos que encontrar a los abuelos de Jaskar.

—¿Vivirán?

—Eso es lo que me preocupa —respondió Bryna—.

La detección de sus ondas temporales se extingue en esta época y no hallo explicación alguna para el fenómeno.

Echaron a andar. Pip llevaba la mano cerca de la culta de su pistola.

—Tenga cuidado con lo que hace —advirtió ella—. Un error podría provocar un cronoclismo para el futuro e impedir la reconstrucción.

—Por supuesto.

Avanzaron un millar de pasos. El bosque continuaba desierto.

—¿No habrá riesgo de que nos perdamos?

—Llevo un detector que nos permitirá regresar sin error al cronomóvil.

—Es una buena idea —aprobó él.

Caminaron medio kilómetro más. De pronto, oyeron voces a sus espaldas.

—Mira, Judd —gritó alguien.

—Vamos, a ellos —voceó otro.

Pip y Bryna se volvieron alarmados. Tres o cuatro individuos corrían hacia ellos con intenciones nada amistosas.

El joven se sorprendió del horrible aspecto que presentaban aquellos sujetos. Todos llevaban largas melenas y barbas, y vestían andrajos que apenas merecían la consideración de ropas. En las manos llevaban unos largos palos, con la punta aguzada, a modo de lanzas.

—Han retrocedido hasta la Edad de Piedra —dijo.

—¡Una mujer! —gritó uno de los atacantes.

—Pip, haga algo —pidió Bryna, muy nerviosa.

—¿Puedo disparar el arma?

Ella vaciló.

—Al suelo. No mate a nadie; podría provocar un cronoclismo.

Los atacantes estaban ya a menos de treinta pasos, Pip apuntó delante de ellos y disparó.

Un chorro de fuego brotó del arma y quemó el suelo instantáneamente. Sonaron gritos de terror, al ver que algunas hierbas ardían en el acto.

—Siga —ordenó Bryna.

Pip hizo tres o cuatro disparos más. Los atacantes, aterrados, huyeron lanzando alaridos de pavor.

—¡Uf! —dijo Pip, cuando el peligro hubo desaparecido—. Hubiera jurado que esos tipos tenían hambre y querían saciarla en nosotros.

—No anda muy descaminado —contestó ella—. Sigamos.

Reanudaron la marcha. De pronto, el bosque se acabó y salieron a un valle de ameno paisaje, cruzado por un caudaloso río. Cerca del mismo se veía una casa de campo.

Había zonas labradas. Una columna de humo se elevaba de la casa.

—Preguntaremos allí —dijo Bryna.

Bajaron por la pendiente de una colina, no demasiado pronunciada. Pip observó el cuidado con que estaban cultivados los campos.

Avanzaron cien metros más. Pip advirtió a poco una valla metálica que parecía contornear la propiedad.

De pronto, un asustado conejo salió de unas matas cercanas. El conejo corría velozmente.

Detrás apareció un zorro, tratando de darle alcance.

—La lucha por la vida —murmuró Pip.

El conejo, enloquecido por el pavor, dio un salto y chocó contra la

valla. Inmediatamente, se vio brillar un fuerte chispazo, a la vez que se oía un ruido de inconfundible significado.

—¡Cuidado, Bryna! La valla está electrificada. —exclamó Pip.

El conejo yacía en el suelo, convertido en una bola de carbón. El zorro se acercó, lo olisqueó y luego, dando media vuelta, se alejó al trote.

—Ese conejo nos ha salvado de un disgusto.

Bryna asintió.

—No se me hubiera ocurrido que la valla pudiera estar electrificada —dijo.

De repente oyeron un disparo. La bala silbó amenazadoramente cerca.

—¿Qué diablos...? —gruñó Pip.

Otra bala se hundió en el suelo, a sus pies. Pip agarró a la muchacha por un brazo y la obligó a tenderse en tierra.

Sonaron dos o tres disparos más. Pip levantó la cabeza y vio a un sujeto, armado con un antiguo rifle de pólvora, que corría furiosamente hacia ellos.

—Ese tipo viene dispuesto a llenamos de plomo —masculló.

—Baque un pañuelo blanco —aconsejó Bryna.

—Buena idea.

Pip metió la mano en el bolsillo de su chaquetón, sacó un pañuelo y lo hizo ondear varias veces sobre su cabeza. El hombre del rifle se detuvo a veinte metros de ellos, a poca distancia de la valla electrificada.

—Levántese —ordenó—. Quiero verles bien.

—Venimos en son de paz —declaró Pip, incorporándose con las manos en alto.

El sujeto les miró desconfiadamente. Extrañado, Pip se preguntó dónde había visto aquella cara antes.

—¿Por qué ha disparada contra nosotros? —preguntó Bryna.

—Hay merodeadores y no dudan en atacar a la gente, asesinándola si es preciso —contestó el granjero—. Yo no estoy dispuesto a correr ningún riesgo.

—Y por eso ha disparada contra nosotros.

—Si vienen en son de paz, lo siento. De todas formas, no los quiero en mis tierras.

—No es usted muy hospitalario que digamos —refunfuñó Pip.

—Hoy día no se puede ser hospitalario. Corre uno el riesgo de despertar en el otro mundo y yo tengo mujer e hijos.

—Está bien, ya nos vamos... —Pip alargó el cuello y escrutó la cara del granjero—. A mí me parece que le he visto antes, señor —dijo.

—Lo dudo mucho. Yo no le conozco a usted. Hubo una corta

pausa de silencio. De pronto, Pip chasqueó los dedos.

—Ya lo tengo —exclamó—. Usted es Jaskar. El granjero respingó.

—Sí, admitió—, soy Roben Jaskar. Oiga, amigo, ¿quién le ha dicho mi nombre?

Pip sonrió.

—Se parece usted mucho a su nieto Ed, señor Jaskar —contestó.

—¿Nieto? —barbotó el granjero—. ¿Pretende burlarse de mí, señor? Mi hijo mayor tiene sólo cuatro años... y dice que me parezco a mi nieto... Vamos, váyanse antes de que empiece a tiros con ustedes. ¡Fuera!

Pip agarró a la joven por la mano.

—Vámonos, Bryna, aquí corren malos vientos —dijo.

*

Estaban sentados en el lindero del bosque, contemplando silenciosamente la granja de los Jaskar. Al cabo de un rato, Bryna dijo: —El abuelo de nuestro Jaskar vive en esta época. ¿Por qué el detector no me señaló su presencia?

Pip calló. No sabía qué respuesta dar a la muchacha.

De pronto, Bryna lanzó una exclamación:

—¡Creo que ya he dado con el problema, Pip!

—¿De veras?

—Sí. Tiene que ser de esta forma y no de ninguna otra. Ya sé que es lo que causa la interferencia en las ondas temporales.

—Bueno, ¿y por qué no lo dice de una vez?

—Pip, es la valla electrificada.

—¿Cómo?

—Fíjese —dijo Bryna, muy excitada—. Más o menos, compone un círculo casi perfecto entorno a la granja, vale decir tanto como entorno a los Jaskar. La electricidad que circula por la valla es de alta tensión y las ondas detectoras que emite mi aparato, chocan con esa energía y son absorbidas en su mayor parte. Por tanto, resulta imposible «ver» qué hay más allá de esta época.

Pip se acarició el labio inferior con gesto pensativo.

—Y usted opina que haciendo desaparecer ese círculo de energía podría conseguir buenos resultados.

—Al menos, valdría la pena probar, Pip.

El joven volvió a mirar hacia la granja.

—Sí —murmuró reflexivamente—, valdría la pena probar. Pero no de día.

—Por la noche.

—En efecto.

—¿Cómo lo haremos, Pip?

—Será preciso desconectar el generador que produce la corriente eléctrica.

—Mejor que desconectar, convendría averiarlo de tal modo que tardase tres o cuatro días en repararlo. De ese modo, tendríamos tiempo suficiente para explorar el pasado hasta el hombre del cual desciende Jaskar, y averiguar así las causas del cronoclismo.

—Muy bien. En ese caso, esperaremos hasta la noche.

—¿Cree que lo conseguiremos, Pip?

—No cabe la menor duda, Bryna, pero hable en singular, por favor. Iré yo solo y usted se quedará aquí aguardándome.

El tono de Pip era demasiado tajante. Bryna no osó protestar la decisión.

*

Sentada en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol, Bryna dormitaba, cuando, de pronto, oyó una voz que pronunciaba su nombre.

Inmediatamente, se despabiló.

—¿Pip?

—Sí.

La silueta del joven se hizo visible en la oscuridad.

Bryna se puso en pie.

—¿Lo ha conseguido? Pip soltó una risita.

—Resultó fácil —dijo.

—Me alegro. ¿Cuántos días tardarán en repararlo?

—Tres, cuatro... Habrá tiempo de sobra, Bryna.

—Gracias, Pip. —Ella le dirigió una cálida sonrisa—. Está usted resultando un magnífico ayudante.

—No olvide que en el fondo de este asunto hay un enigma que también a mí me interesa aclarar —contestó él.

Inmediatamente emprendieron la marcha. Antes del amanecer, alcanzaron el cronomóvil, con el cual regresaron al año 2190 sin el menor contratiempo.

CAPITULO VII

Una mujer apareció en la puerta tras la llamada de Pip. Era joven, de unos treinta años, rubia, formas opulentas y expresión un tanto recelosa.

—¿Qué desee? —preguntó.

—Me llamo Farrey Gighton y quiero hablar con el doctor Solqus. ¿Quiere anunciarme, por favor?

Ella dudó un instante. Luego se echó a un lado.

—Pase, por favor —invitó.

Pip cruzó el umbral. La mujer se alejó dejándolo solo en el vestíbulo. Volvió al cabo de unos momentos y dijo: —Tenga la bondad, señor Gighton.

—Gracias, señora. No sabía que el doctor estuviese casado —dijo Pip con una sonrisa.

—No está casado. Yo soy su ama de llaves —declaró la mujer—. Me llamo Debbie Wenden.

—Encantado, señorita Wenden.

—Señora —puntualizó ella fríamente.

Pip entró en el cuarto de trabajo del científico.

Solqus se puso en pie inmediatamente al verlo.

—Hola, señor Gighton —saludó amablemente—. Siéntese, se lo ruego. ¿En qué puedo servirle?

—Verá, doctor, usted estuvo en mi despacho hace unos días.

—Ah, sí, lo recuerdo —dijo Solqus con tono indiferente—. Ya sé a qué se refiere usted. Precisamente iba a telefonear cancelando el pedido.

—¿Ha ocurrido algo de particular, doctor? Solqus hizo un gesto ambiguo.

—No me interesa ya, eso es todo. Por supuesto, abonaré la indemnización que corresponda por la cancelación del encargo —dijo.

—Bueno, eso no es cosa ya de mi incumbencia. El encargo ha pasado a otras manos. Yo venía simplemente a hacerle a usted algunas preguntas sobre su especialidad.

—¿De qué se trata, señor Gighton?

—Doctor, yo querría saber si es posible que un juez, que actúa en el año dos mil doscientos cuarenta y seis puede expedir un mandato de arresto para ser ejecutado cincuenta años antes, es decir, en esta época. También me gustaría saber si la policía que actuará dentro de ese medio siglo citado, tiene facultades para detener a un ciudadano que no es de su época. ¿Me ha entendido usted?

Solqus asintió.

—Le he comprendido perfectamente, pero no puedo darle una respuesta concreta, señor Gighton.

—¿Por qué, doctor?

Solqus vaciló. Pip se dio cuenta de que los ojos de Solqus no estaban fijos en él.

—Bueno, yo no soy abogado... No entiendo de leyes y menos cuando hay asuntos cronológicos por medio...

El tono de Solqus se había hecho vacilante, irresoluto. De repente, Pip, volvió la cabeza.

La puerta estaba entreabierta y se cerró en el acto.

Durante aquella fracción de segundo, sin embargo, Pip tuvo tiempo de ver parte de la cara de la señora Wenden.

Inmediatamente adivinó lo que sucedía.

Solqus no era libre de expresarse. Estaba vigilado por su propia ama de llaves.

—Sí, claro, doctor —dijo en tono amable—. Comprendo perfectamente. Lamento haberle molestado. Usted sabrá dispensarme, espero.

Pip se puso en pie.

—Adiós, doctor.

—Adiós, señor Gighton.

Pip abandonó la sala. La señora Wenden estaba en el vestíbulo, con las manos en el regazo, mirándole fijamente.

—¿Por qué han elegido a una mujer tan hermosa para perro guardián del doctor? —preguntó.

El semblante de Debbie se alteró profundamente.

—Váyase —dijo, con voz crispada por la rabia—, váyase antes de que sea demasiado tarde.

—Resultaría interesante saber por qué controlan los menores movimientos del doctor. ¿Acaso les desagrada que siga adelante con sus investigaciones cronológicas?

Y antes de que la señora Wenden pudiera contestarle, Pip abandonó la casa, sumido en el desconcierto a causa de lo que acababa de averiguar.

*

—El doctor Solqus está vigilado.

—¿Sí?

Bryna aceptó aquellas palabras con cierta indiferencia, atenta por completo al manejo de su aparato.

—Sí, pero ignoro por qué motivos.

—¿Quién lo vigila?

—Su ama de llaves. Debbie Wenden.

—No la conozco.

—Yo tampoco la conocía hasta ahora, pero me gustaría saber la verdad de este endiablado asunto.

Bryna alzó la cabeza y le miró.

—El futuro de la Humanidad está íntimamente relacionado con la existencia de Ed Jaskar —afirmó.

Pip emitió una sonrisa desdeñosa.

—Oiga, si Jaskar fuese el último varón sobre la tierra, podría creerme una cosa semejante —respondió—. Pero hay más hombres y más mujeres. Por fortuna —agregó, mirándola de arriba a abajo.

—Usted no comprende bien lo que sucede —declaró Bryna.

—Yo sólo sé que alguien trata de manipular con las ondas temporales —dijo Pip—. Y eso es algo que no me gusta. No se debe manipular con las vidas ajenas.

—Cuando el futuro de la Humanidad...

—No insista —cortó él, secamente—. El futuro de la Humanidad depende de nosotros mismos, de cada ser humano, varón o hembra; pero no de lo que pueda hacer uno solo aisladamente.

—Einstein descubrió la teoría de la relatividad y de ahí vino la bomba atómica y todo los demás.

—Y antes que él, Pitágoras había formulado unas cuantas leyes matemáticas; y antes que Pitágoras, un hombre de las cavernas descubrió que dos corderos, unidos a otros dos, sumaban cuatro corderos. El suyo no es un argumento irrefutable; si Pitágoras no hubiera existido, otro, tarde o temprano, habría formulado su famoso teorema; y a la larga, hubiera surgido un Einstein, como habría pasado con Newton y su ley de la gravedad, y Edison y su bombilla eléctrica... Oh, Bryna, lo que no hace un hombre, tarde o temprano, otro acaba por hacerlo. Esa sí que es una ley inmutable.

Bryna se quedó sumamente pensativa.

—No había considerado la cuestión bajo ese aspecto —dijo.

—Todo problema tiene más de una perspectiva —contestó él sentenciosamente.

—Pero Jaskar ha existido.

—Y alguien lo ha suprimido porque creyó que no era conveniente para la Humanidad. ¿Quién es ése que cree tiene el derecho de representar a todos los seres humanos? ¿Qué ley le ha otorgado semejantes prerrogativas?

—Entonces, ¿opina que debo cesar en mis trabajos?

—Lo que opine yo, poco vale, porque, de todas formas, seguirá adelante.

Pip sonrió.

—Y yo seré tan tonto que continuaré ayudándola —terminó.

*

Estaban en la casa que Bryna había alquilado en las afueras. Después de cenar, ella se enfrascó de nuevo en sus trabajos.

Pip salió a dar un paseo por el jardín. De pronto, se fijó en el cobertizo.

Allí estaba el cronomóvil. Una idea empezó a bullir en su mente.

Primero fue una ocurrencia confusa. Poco a poco, se fue definiendo hasta adquirir la forma de una decisión concreta.

—Sí, ¿por qué no intentarlo? —murmuró.

Se acercó al cobertizo y abrió la puerta. Allí estaba el cronomóvil reluciente, temible en la silenciosa potencia de su motor que le permitía viajar a través de las épocas.

Pasó la mano por la pulida superficie de la cúpula. ¿De dónde había sacado Bryna aquel artefacto?

Vaciló unos momentos. De pronto, resuelto ya definitivamente, abrió la cúpula y se sentó en uno de los sillones.

Inspiró con fuerza. ¿Qué encontraría en el futuro que distaba de él medio siglo?

*

Los ropajes de Pip no llamaban excesivamente la atención. En el año 2246 la gente vestía con moderación, ropas holgadas y cómodas, con escasas estridencias ornamentales. La ciudad era grande y muy limpia. No se veían apenas vehículos; las aceras deslizantes y los túneles con carreteras móviles habían resuelto el problema de las comunicaciones y los transportes.

Algunos edificios resultaban conocidos para Pip; habían resistido incólumes el paso de aquel medio siglo. La mayoría de las casas, sin embargo, eran de nueva construcción.

Pero el trazado de las calles y avenidas era, en general, el mismo. Pip calculó que donde había estado la Jefatura de Policía cincuenta años antes seguiría habiendo policías.

Una hora después de su llegada al año 2246, encontró la Jefatura de Policía.

Había un guardia uniformado en la puerta. Pip halló que el uniforme era el mismo que el usado por los dos hombres que habían tratado de arrestar a Bryna.

—¿La División de Cronopolicía, por favor? —preguntó con voz natural.

Aguardó la respuesta durante un segundo, lleno de ansiedad. El guardia se llevó la mano al casco y sonrió: —Novena planta, señor.

—Muy amable, guardia.

Pip entró en el edificio, lleno de gente que iba y venía. El ascensor le llevó al noveno piso, en unión de otras personas.

Salió al pasillo. Delante de él, vio una placa:

DIVISIÓN DE CRONOPOLICÍA. R. HOLMES, COMISARIO JEFE.

Se acercó a la puerta. En aquel instante, se abrió otra no lejana y oyó una voz:

—Sí, señor, como Su Señoría ordene.

Pip volvió la cabeza. Un hombre salía por aquella puerta, con unos papeles en la mano.

El hombre no le prestó la menor atención. Pip se acercó a la otra puerta y leyó:

JUEZ H. Z. CROOKES. CRONOLOGÍA.

Pip recordaba el nombre perfectamente. Era el que había firmado el mandamiento de arresto contra Bryna.

Ya no lo dudó más. Se acercó a la puerta y llamó con los nudillos.

—¡Adelante! —sonó una voz al otro lado.

Pip abrió la puerta, cruzó el umbral y se encontró frente al hombre que tenía autoridad para mandar arrestar a una persona que vivía cincuenta años antes.

CAPITULO VIII

El juez Crookes miró fijamente al recién llegado.

Era un hombre alto, seco, de cara avinagrada y ojos chispeantes.

—¿Quién es usted? —preguntó en tono seco.

—Señoría, permítame que me presente. Mi nombre es Farrey Gighton y deseo conversar unos momentos con Su Señoría, si sus ocupaciones se lo permiten.

—Gighton —repitió Crookes—. Ese nombre me suena.

—Es posible —admitió el joven sonriendo.

Crookes señaló una silla con la mano. —Siéntese.

—Sí, Señoría.

—Bien, hable, ¿de qué se trata, señor Gighton?

—De cierto mandamiento de arresto extendido por Su Señoría contra una tal Bryna Goss.

Los ojos de Crookes despidieron un relámpago de furia mal contenida.

—¿Quién le ha hablado a usted de ese mandamiento? —preguntó.

—Tuve el honor de ayudar a la señorita Goss a rechazar su cumplimiento contestó Pip sonriendo.

—Ah, dijo el juez—, de modo que usted es el hombre que vapuleó a mis enviados.

—Debo añadir que con gran placer, Señoría —manifestó el joven sin inmutarse.

—Ha cometido usted un grave delito. Puede costarle caro.

—Señoría, ¿puede un juez que vive en el año dos mil doscientos cuarenta y seis ordenar la detención de una persona que vive cincuenta años antes?

—Según la ley actual, sí.

—¿Qué objeto tiene esa ley?

—Protegemos contra las alteraciones cronológicas. Evitar los cronoclismos, de cualquier clase que sean.

—¿Está seguro de que la señorita Goss provocará un cronoclismo?

—Absolutamente —respondió Crookes con gran énfasis.

—¿Cómo lo ha averiguado Su Señoría? Crookes sonrió desdeñosamente.

—Tenemos un aparato que permite explorar el pasado —respondió —. Su nombre es cronoscopio.

—Lógico —sonrió Pip—. Y merced al cronoscopio pueden saber lo que hicieron las personas en otros tiempos.

—Sí.

—Y si no les conviene sus acciones, ustedes las interfieren.

—Así es.

—¿Quién dictó la ley cronoscópica, señor juez?

—El Parlamento.

—¿Por... unanimidad?

Crookes vaciló.

—La verdad es que hubo una fuerte oposición —admitió.

—Lo que significa que muchos están en contra de esa ley.

—Pero se ha promulgado y la obligación de todo ciudadano es acatarla.

—Sí, Señoría, de todo ciudadano que viva en esta época; pero no de quienes vivimos cincuenta años antes, todavía en el siglo pasado. Toda ley puede obligar desde que se promulga, pero no con efectos retroactivos. Es la esencia misma del Derecho, Señoría.

Crookes enrojeció vivamente.

—¿Se ha trasladado desde el pasado solamente para darme lecciones de Derecho? —gruñó.

—Por lo que estoy viendo, sí. ¿Tan grave es el cronoclismo que va a provocar la señorita Goss, que quieren impedirlo?

—Si no fuera así, no habría dado la orden de detención.

Pip emitió una sonrisa irónica.

—Entonces, ¿por qué Su Señoría no emite otro mandato prohibiendo que Adán y Eva coman el fruto prohibido? Nos habríamos librado de todos los problemas que vinieron después, como consecuencia de una simple manzana, ¿verdad?

Crookes enrojeció de cólera.

—¡Es usted un insolente!

—Le digo la verdad, así que no tiene derecho a ofenderse. Y, como ciudadano del siglo XXII, niego autoridad alguna a esa ley y a quienes la quieren hacer cumplir. Las leyes de hoy no pueden obligar a los ciudadanos del pasado.

—Voy a hacer que le detengan... Pip se puso en pie.

—Señoría, cada persona debe cargar con las consecuencias de su pasado y enfrentar el futuro de acuerdo con sus acciones, no forzando a los demás a hacer algo que no les conviene o no les interesa. Usted puede modificar su propio futuro con las acciones que ejecute en este presente; pero no puede hacerla alterando lo que sucedió en el pasado.

—Los tiempos son distintos —farfulló Crookes.

—Pero el ser humano es el mismo, ahora, antes y mañana —contestó Pip tajantemente—. Todo lo más que pueden hacer es prevenir el futuro conociendo lo que ocurrió en el pasado, pero no alterarlo y arreglarlo a su gusto, alterando y arreglando las ondas temporales del pasado. Muchos errores se han corregido en todas las épocas, aprovechando las enseñanzas de la historia; y eso es lo que

deben hacer ustedes, en lugar de conformar la historia a sus conveniencias personales.

Crookes no contestó. Miraba a su visitante con hipnótica fijeza, en medio de un silencio glacial.

La puerta se abrió de pronto. Alguien se asomó y preguntó:

—¿Llamaba Su Señoría?

—Sí, capitán —contestó Crookes—. Detenga a ese hombre inmediatamente.

*

Pip paseó la vista por la habitación en que se hallaba. Era de vastas dimensiones y había numerosos aparatos, la mayoría de gran tamaño.

El se hallaba sentado en un sillón de diseño singular, situado sobre un estrado de medio metro de altura. Detrás de él había un gran armario, lleno de aparatos de control y de medida.

Frente al asiento, en el otro extremo de la pared, Pip divisó una gran pantalla de forma rectangular con los vértices redondeados.

Era el cronoscopio, el aparato con el cual se podía explorar el pasado, sin necesidad de moverse de la época en que se vivía.

El juez Crookes estaba frente a él, envuelto en una imponente túnica de color gris acero. Dos guardias flanqueaban a Pip. El capitán que le había arrestado permanecía junto al juez.

—Capitán, lea la sentencia —ordenó Crookes fríamente.

—Sí, Señoría.

El oficial desdobló un documento y recitó:

—En el día de hoy, veintidós de mayo de dos mil doscientos cuarenta y seis, y por el juez de Asuntos Cronológicos, Honorable Horacio Z. Crookes, se ha dictado sentencia contra el ciudadano del año dos mil ciento noventa y seis, llamado Farrey Gighton, convicto de intentar alteraciones cronosísmicas. En consecuencia, el aludido Farrey Gighton es condenado a la pena de traslado al siglo XXX, donde será abandonado a su suerte en lugar deshabitado.

—Procedan al cumplimiento de la sentencia —ordenó Crookes fríamente.

Pip miró al juez.

—Señoría, ¿puedo hacerle una pregunta?

—La última —accedió Crookes secamente.

—Puesto que hay aquí un cronoscopio, ¿puede su Señoría decirme en qué consiste el cronoclismo que, según usted, voy a provocar?

Crookes se acercó al detenido y se inclinó para hablarle al oído:

—Se lo diré —murmuró en voz baja—. Si no le envío al siglo XXX, usted seguirá con sus acciones y la ley de Asuntos Cronológicos no

llegará a votarse.

—Y, en consecuencia, usted no conseguirá este apetitoso cargo.

—Sí —admitió Crookes cínicamente, y se retiró.

—Vamos, procedan —dijo con voz tonante.

Los dos guardias agarraron una cúpula situada a un lado y se dispusieron a colocarla sobre el estrado.

Pip levantó las dos manos repentinamente, cuando ya la cúpula estaba sobre su cabeza.

—Señor juez.

—Diga —contestó Crookes, impaciente.

—Su Señoría dispone de un cronoscopio. ¿Se le ha ocurrido examinar el futuro inmediato?

—¿Cómo dice? —preguntó el juez, desconcertado.

—Sí, lo que va a ocurrir dentro de unos segundos.

—Oh, eso ya lo sé. Lo vamos a enviar al siglo XXX.

—Su Señoría se equivoca rotundamente. Lo que va a ocurrir dentro de unos segundos es...

Pip se puso en pie de un salto, agarró la cúpula con ambas manos y, sorprendiendo a los guardias, se la arrebató y la lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.

La cúpula alcanzó a Crookes en el pecho y lo derribó de espaldas. Al mismo tiempo, como estaba unida al generador por unos cables, el tirón los arrancó en parte y empezaron a saltar chispas por todas partes.

Los guardias escaparon, asustados. Crookes rugía y maldecía, tratando de ponerse en pie.

El oficial quiso sacar su pistola. Pip cargó con la cabeza gacha y le golpeó en el estómago, despidiéndolo a varios metros de distancia.

Crookes se levantó. Pip le golpeó en la mandíbula, dejándolo inconsciente en el acto.

Los ojos de Pip se fijaron en la gran pantalla del cronoscopio. Detrás de él, salían chispas y chorros de humo del generador. Sin pensárselo dos veces, agarró la cúpula de nuevo y la levantó sobre su cabeza.

Era un objeto relativamente liviano, debido al vitroplastic de que estaba construido, pero, aun así, pesaba sus buenos treinta kilos. La cúpula salió despedida con terrible violencia y chocó contra la pantalla.

Hubo un tremendo estampido. Algo se incendió en el interior del cronoscopio y empezaron a salir llamas por todas partes.

El humo se espesaba cada vez más. Pip pensó en la conveniencia de emprender una retirada estratégica.

El oficial continuaba inconsciente. Pip lo arrastró hasta una habitación contigua, mientras arriba sonaban los timbres de alarma.

El cambio de ropajes duró un par de minutos escasamente. Pip buscó la escalera y corrió hacia arriba, cruzándose con algunos guardias que descendían en sentido contrario.

—¡Abajo! ¡Fuego, fuego! —gritó.

Los guardias aceleraron el paso. Algunos de ellos llevaban extintores. La confusión. era enorme.

Ello favoreció no poco la retirada de Pip quien, sin mayores inconvenientes, logró al fin abandonar el edificio de la policía.

*

Bryna estaba furiosa.

—Se fue sin avisarme siquiera —dijo, mirándole con expresión irritada.

—¿Me habría dejado partir si le hubiese pedido permiso? —preguntó Pip.

—Usted no conocía el manejo del cronomóvil.

—No ha resultado difícil —sonrió él.

Bryna suspiró.

—Tendré que dejarle por imposible —murmuró con acento resignado.

—Claro, no me va a dar una zurra como si fuese un chiquillo.

—No es muy diferente de un crío de pocos años. Lo que ha hecho es insensato.

—Pero ha resultado útil.

—¿Qué es lo que ha conseguido? —preguntó Bryna.

—Entre otras cosas, pegarle un buen mamporro al juez Crookes.

Bryna parpadeó, asombrada.

—¿Ha estado con el juez?

—Naturalmente. ¿A qué se cree, si no, que me desplacé al futuro?

—¿Qué le dijo el juez?

—Está convencido de que usted va a provocar un cronoclismo. Por eso quería arrestarla.

—No sé qué clase de cronoclismo pueda provocar yo, cuando lo que trato es de evitarlo —dijo Bryna pensativamente.

—Ustedes tienen todos una cosa en común, nada halagüeña por cierto —dijo Pip—: y es que cada uno se cree el salvador de la Humanidad, y como obra de acuerdo con sus creencias y sintiendo, además, el orgullo de ser el personaje más importante de la tierra, lo que hacen, en realidad es estropearlo todo.

Bryna le miró, pálida de furor.

—Una opinión que me favorece muy poco —dijo.

—Lo siento, pero pienso que es así —contestó el joven, sin inmutarse—. Si dejasen que los acontecimientos siguiesen su curso

normal, los cronoclismos no se producirían. Lo que tiene que ser, será.

—Eso es la doctrina del fatalismo. Pip se encogió de hombros.

—Llámelo como quiera —respondió—. Y, a propósito, ¿marcha bien su aparatito? —Sí, hasta cierto punto.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—He llegado en mi exploración cronoscópica hasta el momento de la muerte del antepasado de Jaskar, pero no se me ocurre qué hacer para evitarla.

CAPITULO IX

Contemplaban desde lejos la casa del doctor Solqus.

Bryna se sentía irresoluta.

—¿Dice que está vigilado por el ama de llaves? —murmuró.

—Así es —contestó Pip—. Si pudiéramos burlar esa vigilancia...

—Piense en algo, usted es hombre —dijo Bryna mordazmente.

—Yo soy hombre —repitió él y con acento pensativo—. ¿Se atrevería a hablar usted sola con el profesor?

—¿Qué haría usted mientras tanto? Pip sonrió.

—Lo que suele hacer un hombre en determinadas circunstancias —respondió—. ¿Podrá aguardar un par de horas?

—¿Aquí? Si no hay otro remedio...

—Oh, podemos volver a casa. Tengo que cambiar mi cara; la señora Wenden me reconocería en el acto.

—Muy bien, volvamos a casa.

En el camino, Pip compró algunos adminículos, merced a los cuales se dio a la cara un tono más tostado. Le creció un ligero bigote y sus pupilas cambiaron de color.

Bryna le contempló con admiración.

—No parece el mismo —dijo, cuando Pip hubo terminado de transformarse.

—Ahora me llamaré Mike Goldoni —dijo.

—¿Y qué hará para que Debbie deje de vigilar al doctor?

—Por favor, no haga preguntas indiscretas; podría ponerme colorado —contestó Pip maliciosamente.

Bryna enrojeció.

—¿Es guapa?

—¡Psé, puede pasar!

—¿Cómo va a entrar en la casa?

—Déjelo de mi cuenta. Ya tiene usted su receptor de radio. Cuando yo le haga una señal, usted da la vuelta y entra por la parte posterior, ¿entendido?

—De acuerdo.

*

Debbie Wenden contempló con fría mirada al hombre que tenía ante sí, en cuyos labios aparecía una brillante sonrisa.

—Debbie, supongo —dijo Pip.

—Sí. ¿Quién es usted? —preguntó ella secamente.

—Un colaborador suyo, Mike Goldoni. El doctor tiene que estar

más vigilado.

—¿A quién se le ha ocurrido semejante insensatez? ¿Es que no confían en mí lo suficiente?

Pip se encogió de hombros.

—Yo sólo cumplo órdenes —respondió—. Si quieres, me marcho.

Debbie vaciló.

—Está bien, pasa —accedió finalmente. Pip entró en la casa.

—¿Dónde está él? —preguntó.

—En su despacho.

—¿Tiene teléfono?

—Sí, pero he hecho una derivación para escuchar cada vez que hace una llamada.

—¿Qué sucedería si intentase escapar?

—Hay alarmas en todas las puertas y ventanas de la casa —contestó Debbie.

Pip procuró ocultar su sorpresa. Aquello era algo con lo que no había contado.

—Es una buena idea —dijo—. Pero habrás desconectado la alarma de la puerta principal para abrir.

—Claro.

—Oye, ¿no tienes por ahí una copa?

—Si no te emborrachas...

—Sólo un traguito —dijo Pip riendo—. Demasiado sé cuál es mi obligación.

—Está bien, entra en aquella sala.

—Gracias, hermosa.

Debbie había dado ya un par de pasos y se detuvo al oír el piropo. Miró a Pip por encima del hombro y sonrió ligeramente.

Pip entró en la sala y se sentó en una butaca. Ahora tenía que averiguar dónde estaba la alarma para desconectarla y permitir que Bryna entrase en el edificio sin ser advertida.

Debbie vino a poco con una bandeja. Llenó dos copas y se sentó frente a Pip.

—Salud —dijo el joven, levantando su copa—. Debbie, si quieres que te diga la verdad, esta es la misión que más me agrada de cuantas me han encomendado.

—¿Por qué dices eso, Mike?

—Bueno, no siempre se tiene la suerte de actuar junto a una mujer hermosa.

Debbie entornó los ojos.

—¿De veras me encuentras guapa? —preguntó.

Pip dejó la copa a un lado, se puso en pie y avanzó hacia Debbie. Agarró una de sus manos y tiró de ella, haciéndola incorporarse. Luego rodeó su cintura con los brazos.

—Voy a demostrártelo —murmuró con acento de pasión.

La resistencia fue nula y la fortaleza se rindió a las primeras de cambio.

*

Pip se tanteó los bolsillos y lanzó una maldición a media voz.

—¿Qué te pasa? —preguntó Debbie.

—No tengo tabaco —gruñó el joven—. Voy a tener que salir.

—Yo tengo aquí...

—El tuyo es muy flojo. A mí me gusta más fuerte.

No te preocupes; volveré en seguida.

—De acuerdo. No tardes, Mike.

Debbie le acompañó hasta la puerta, tras haber desconectado la alarma. Miró a Pip con expresión soñadora y dijo: —Tenías razón; la misión resulta mucho más agradable cuando se tiene una buena compañía.

Pip le acarició una mejilla.

—Volveré en seguida para continuar haciéndote compañía, preciosa —aseguró.

Naturalmente, Pip no pensaba volver por allí más, bajo el aspecto de Mike Goldoni. Apenas salió de la casa y hubo doblado la esquina, emprendió la ruta que había de llevarle a reunirse de nuevo con Bryna.

La muchacha le acogió con signos de marcada hostilidad.

—Ha tardado mucho —acudió.

—Usted es de las que se creen que las cosas se pueden hacer instantáneamente, con sólo chasquear los dedos —contestó él—. Tuve que embaucar al ama de llaves y me costó bastante averiguar dónde estaba la conexión de los sistemas de alarma.

—Lo que sucede es que estaba divirtiéndose con ella y se olvidó de mí.

Pip apretó los labios.

—Oiga, si cree que voy a soportar sus impertinencias, se equivoca. Los cronoclismos y sus autores me importan un rábano, ¿está claro?

—No tanto, porque podría desaparecer si no se evitase ese cronoclismo —exclamó Bryna.

—Eso son figuraciones suyas. Yo estoy aquí. Soy de carne y hueso...

—¿Y Jaskar? ¿No era también de carne y hueso? Pip se quedó parado.

—Es un caso diferente. Yo no desciendo de un antepasado que murió asesinado.

—¿Qué sabe usted? —contestó Bryna—. Pip, tenemos que evitar

ese asesinato.

—¿Lo conseguiremos?

—Con un poco de suerte, creo que sí.

—¿Qué le ha dicho el doctor?

—Una cosa muy interesante. Dick Smith fue asesinado con un fusil cronoscópico.

Los ojos de Pip se dilataron por el asombro.

—¿Qué clase de artefacto es ése? —preguntó.

—Un arma que dispara a través del tiempo. Lo que sucede es que el doctor no sabe en qué época puede encontrarse ese fusil.

—Tiene que ser una época futura. Un arma de esa clase indica una tecnología avanzadísima, que no creo que se haya alcanzado en nuestros días.

Bryna se mordió los labios.

—¿Dentro de cincuenta años? —sugirió.

—Es probable.

Ella le dirigió una penetrante mirada.

—¿Se atrevería a viajar de nuevo al futuro? —consultó.

—¿Y nos haríamos pasar por ciudadanos de aquella época?

—Por supuesto.

—Está bien. Me parece que no me encuentro bien de la cabeza.

—¿Se siente enfermo?

—No, si lo digo por las cosas que estoy haciendo.

Mi conducta es propia de un tipo chiflado.

—¡Oh! —Bryna se indignó—. Cuando quiere, es usted repugnante.

—La verdad nunca agrada —contestó él sentenciosamente—. Pero hoy no puedo hacer ese viaje.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer una visita. Vaya comprobar el poder del dinero en una conciencia elástica.

Y antes de que Bryna, sorprendida, pudiera preguntarle cuáles eran sus intenciones, Pip dio media vuelta y salió de la casa.

*

Mary abrió mucho los ojos al ver en la puerta a un visitante inesperado.

—¡Señor Gighton! —exclamó, pasmada—. Pero, ¿cómo...?

Pip sonrió.

—¿Puedo pasar, Mary?

—Oh, sí, claro, por supuesto. Tengo la casa un poco revuelta.

—Eso no importa —sonrió él—. ¿Mucho trabajo por la oficina?

—Lo corriente —respondió Mary—. ¿Quiere una copa?

—Con mucho gusto.

Mary se volvió hacia el aparador. Al girarse de nuevo hacia su visitante, vio que Pip tenía en la mano un fajo de billetes.

—¿Qué es eso, señor Gighton? —preguntó.

—Sólo quiero comprobar una cosa, Mary: la elasticidad de su conciencia.

Hubo un momento de silencio. Luego, Mary, sonriendo insinuantemente, avanzó hacia él, tomó el dinero y lo guardó en su escote.

—Es muy elástica, sí —admitió—. ¿Qué es lo que quiere saber usted, señor Gighton?

CAPITULO X

El señor Bernton era un hombre de mucho dinero.

Pip lo sabía de sobras. El señor Bernton era tan rico, que incluso tenía un robot como mayordomo.

—Anúncieme al señor —dijo, cuando el robot acudió a su llamada —. Soy Gighton.

—Sí, señor Gighton —contestó el sirviente mecánico con la impasibilidad propia de los de su especie—. Tenga la bondad de aguardar unos momentos, señor.

—Gracias.

El robot se alejó. Pip meneó la cabeza. —Cualquiera diría que no es una máquina —murmuró.

Pasaron algunos minutos. Una puerta se entreabrió, pero no llegó a abrirse del todo.

—Eres una estúpida. Yo no envié a nadie a ayudarte a vigilar al doctor. Ese Mike Goldoni es una invención tuya.

—No digas tonterías —contestó Debbie—. Estuvo todo el día en la casa... Yo te había pedido ayuda más de una vez. ¿Cómo iba a recelar de él?

—Pudiste haberlo comprobado por teléfono, ¿no?

—Estabas en la oficina. No te gusta que te llamen allí si no es algo urgente.

—Tienes respuesta para todo —refunfuñó Bernton—. Está bien, aguarda un momento; voy a ver si despacho a ese inoportuno.

Bernton terminó de abrir la puerta y, con la sonrisa en los labios, se dirigió hacia Pip.

—Mi querido amigo —dijo con su mejor expresión—. ¿A qué debo el placer de su visita?

—Verá, señor Bernton —respondió el joven—. Hoy he hecho una comprobación personal.

—¿Acerca de su estado mental?

—No. He comprobado que es usted un tacaño.

Bernton respingó.

—No le entiendo —dijo. Pip sonrió.

—No le pagó a Mary excesivamente. ¿Verdad? Le he dado una modesta cantidad de dinero y me lo ha contado.

La cara de Bernton se puso del color de la langosta cogida.

—Traidora —farfulló.

—¿Qué esperaba usted? —dijo Pip—. El dinero no es siempre origen de lealtad. Las personas como Mary dejan de ser leales en cuanto se les paga más.

—Y le ha dicho todo.

—Todo lo que sabe ella. Algunas cosas, naturalmente, las ignora. Por ejemplo, estoy seguro de que se quedaría asombradísima si supiese que usted es un hombre que ha venido del futuro a esta época.

Ahora Bernton se puso lívido.

Hubo un momento de silencio. Luego, lentamente, Bernton dijo:

—Lo lamento mucho, pero me veo obligado a suprimirle, Pip.

—Es una decisión necesaria —añadió Debbie.

Pip volvió los ojos. Debbie estaba en la puerta de la otra estancia, apoyada en la jamba con los brazos cruzados bajo el opulento seno.

—¿Qué relación tiene con usted, Bernton? —preguntó Pip.

—Mi esposa.

—Aquí se hacía pasar por soltero.

—Nos convenía.

Pip sonrió.

—Debbie, ¿tiene confianza en su esposo?

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber ella.

—Bueno, a Mary no la convenció sólo con dinero.

Debbie se irguió vivamente.

—¿Qué ha dicho?

—Y a ella —Pip se dirigió a Bernton—, el tal Mike Goldoni le resultó muy atractivo. Puedo asegurar que su comportamiento con Goldoni resultó altamente efusivo.

—De modo que me has engañado—dijo Bernton, hirviendo de cólera.

—Tú lo hiciste antes —contestó ella con voz estridente.

Pip emprendió una prudente retirada. La discusión entre la pareja alcanzaba límites sonoros verdaderamente escandalosos.

De pronto, cuando ya abría la puerta, ella gritó:

—¡Se escapa!

Bernton olvidó la discusión y corrió hacia la salida.

Pip cruzó el umbral y cerró, echándose a un lado de la puerta.

Lanzando una maldición, Bernton abrió y saltó hacia adelante. Al hacerlo, tropezó con la pierna extendida de Pip y dio una tremenda voltereta en el aire.

Debbie apareció con una pistola en la mano. Pip le asestó un seco golpe en la muñeca y el arma voló por los aires.

Ella lanzó un grito de furor. Pip recogió el arma, mientras Bernton, aturdido, hacía esfuerzos por incorporarse.

—¡Vuélvanse a su época! —dijo con voz metálica—. Dejen que vivamos tranquilos y no traten de modificar el curso de los acontecimientos. Esta época es nuestra y ustedes no tienen derecho a alterarla.

Bernton y su mujer le miraron con expresión impotente.

—Volveremos a vernos —amenazó él.

—Si lo intenta, lo enterrarán en esta época —contestó Pip en tono no menos amenazador.

*

Bryna oyó el timbre de llamada y lanzó un suspiro de alivio.

—Menos mal —dijo—, ya está ahí.

Dejó el trabajo, cruzó la estancia y abrió.

—Hola —dijo Alfie Broth.

—¿Qué tal, preciosa? —sonrió Sam Lwow.

Amedrentada Bryna retrocedió un paso. Los dos pistoleros entraron, Lwow cerró, dio dos vueltas a la llave, la sacó y se la echó al bolsillo ostentosamente.

—Y ahora —dijo—, vamos a hablar con toda tranquilidad.

—No creo que ustedes y yo tengamos nada de qué hablar —contestó ella.

—Sí —insistió Broth—. Vamos a conversar acerca del señor Jaskar.

—¿Jaskar? —repitió Bryna—. No ha nacido.

Lwow soltó una tremenda risotada.

—¿Oyes, Alfie? Dice que no ha nacido.

—Sí, y nosotros somos dos gorrioncillos —rezongó el otro de mal talante—. Vamos, díganos de una vez dónde tienen al jefe.

Bryna reflexionó unos momentos.

—¿Trabajan ustedes para él?

—Somos sus hombres de confianza.

—Lo que significa guardaespaldas o algo por el estilo.

—Acertó —dijo Lwow.

—No veo que guardasen nada. Jaskar se les escapó.

Broth apretó los labios.

—Cumplíamos sus órdenes. El fue a hacer una visita y dijo que le aguardásemos a la salida. No salió más.

—¿Tengo yo la culpa? —protestó Bryna.

—Al menos, es amiga del que tiene la culpa.

—Un argumento poco consistente —dijo ella.

Broth sonrió.

—Ya veremos si es consistente o no, cuando él venga a buscarla —respondió.

Bryna empezó a sentirse alarmada.

—¿Qué es lo que quieren decir? —preguntó.

Lwow sacó del bolsillo un papel y lo dejó sobre una mesa.

—No se preocupe, hermosa —contestó—. Vamos, camine.

—¿Tengo que ir con ustedes?

Broth alargó la mano hacia la muchacha. Ella dio un salto hacia atrás.

—No —dijo—, no iré.

Sonriendo, Broth avanzó hacia la joven. Bryna quiso resistirse, pero el individuo consiguió ponerla la mano en el brazo.

Bryna sintió un vivo pinchazo.

—¿Qué ha hecho conmigo? —gritó.

Lwow sonreía torvamente.

—Alfie le ha inyectado un narcótico —explicó. Bryna lanzó un gemido. De pronto, sintió que todo daba vueltas a su alrededor. Las rodillas se le doblaron, pero no cayó tan rápidamente que Broth no pudiera recogerla en brazos antes de tocar el suelo.

—Lista —sonrió—. Abre, Sam.

Momentos después, la casa quedaba vacía.

*

El coche se detuvo ante la casa y tres hombres se apearon en el acto.

—Aquí es —dijo el capitán Karnass.

Uno de los guardias que le acompañaba se sintió de pronto irresoluto.

—Capitán...

—¿Qué hay, Morney? —preguntó Karnass por encima del hombro.

—Me pregunto si... esto es correcto...

—Usted oyó en persona al juez Crookes, ¿verdad?

—Sí —admitió Morney—, pero... bueno, hemos venido al pasado y...

—Debí haberle hecho una prueba cronopsicológica antes de emprender la misión —gruñó Kamass de mal talante—. En cuanto regresemos, estudiaré la decisión que he de tomar con usted. Mientras tanto, cumpla con su deber.

—Sí, señor —contestó Morney rígidamente. Karnass avanzó hacia la casa. Llegó ante la puerta y llamó.

Poco después, se convencía de que no había nadie.

—Habrán salido —dijo. Y añadió—: Es lo mismo; aguardaremos a que vuelvan.

Llevó la mano a su cinturón y extrajo un tubo semejante a un lápiz, cuya punta aplicó a la cerradura. Lo movió unas cuantas veces en círculo y, a los pocos momentos, la cerradura desapareció, convertida en vapor.

Karnass empujó la puerta. Morney y el otro guardia le siguieron en el acto.

—Revisen la casa —ordenó Karnass.

Sus dos ayudantes se dirigieron a las habitaciones interiores. Karnass contemplaba el ambiente con una sonrisa de desprecio.

—Parece mentira —murmuró—. Sólo cincuenta años nos separan de ellos y hay que ver el mal gusto que tenían en la decoración.

De pronto, reparó en un papel que había sobre la mesa. Se acercó y vio unas líneas escritas. Picado en su curiosidad, lo cogió para leerlo.

Cinco segundos más tarde, lanzaba un bramido:

—¡Morney, Ulhson!

Los dos guardias acudieron a la carrera.

—¿Capitán?

—Nos vamos —decretó Karnass—. Aquí estamos perdiendo el tiempo.

Morney y Ulhson cambiaron una mirada. El primero se encogió de hombros.

—Sí, como usted ordene, capitán. Karnass dejó el papel sobre la mesa.

—Conviene que lo lea cuando venga —murmuró sonriendo.

CAPITULO XI

Alfie Broth llenó una copa y se la entregó a la muchacha.

—Vamos, anímese —dijo con acento amistoso—. De verdad, no pretendemos hacerle daño.

—Sólo queremos que nos diga dónde está el jefe. Bryna miró a Lwow, que era quien había hablado en segundo lugar.

—Según mis informes, Jaskar tiene ambiciones presidenciales —dijo.

—No es un secreto —contestó Broth.

—Pero para llegar a presidente se requiere, sobre todo, una cualidad fundamental.

—¿Cuál, por favor? —preguntó Lwow.

—Honradez.

Los dos sujetos se miraron recíprocamente. Broth soltó una carcajada.

—El jefe es honradísimo —contestó.

—Tan honrado como un caimán hambriento —calificó Bryna mordazmente.

—Bueno, son cosas de la política. Usted sabe, está mezclada íntimamente con la «economía» —dijo Lwow con sarcástico acento.

—Es decir, que Jaskar aspira a ser presidente para entrar a saco en la tesorería.

—Pero si él no tendrá que hacer nada. El dinero afluirá a sus bolsillos con toda naturalidad, como si fuese agua...

—Me dan asco —dijo Bryna. Broth se encogió de hombros.

—Es nuestro oficio —contestó.

—Con razón se decía que si Jaskar llegase a presidente ocurriría una catástrofe.

—Bueno, bueno —dijo Lwow, que empezaba ya a cansarse—, mejor será que dejemos este tema. A ver si viene pronto su amigo y nos dice dónde está el señor Jaskar.

—¡Pero ya se lo he dicho! ¡Jaskar no ha nacido! —exclamó Bryna.

—¿Está loca? —gruñó Lwow—. Llevamos trabajando años enteros con él.

—Su antepasado fue muerto hace doscientos años, pero claro, eso es algo que ustedes no comprenden.

Broth y Lwow cambiaron una mirada.

—Esta pobre chica anda mal de la cabeza —dijo el primero.

—Será mejor que le des otra copa —sugirió Lwow.

—¡No quiero beber! ¡Lo que quiero es que me suelten! —gritó la muchacha.

—En cuanto a eso, preciosa, es algo en lo que no se puede soñar siquiera contestó Broth fríamente.

*

Karnass y sus acompañantes estaban apostados en la oscuridad. De pronto, Karnass miró su reloj de pulsera y soltó una maldición.

—¿Sucede algo, capitán? —preguntó Mamey.

—Tarda demasiado —gruñó Karnass.

Morney suspiró.

—En buen lío nos ha metido ese bribón de Crookes —pensó.

No se atrevió a comentarlo en voz alta. Temía la cólera del capitán Karnass, pero en aquel momento maldecía la hora en que se le ocurrió pasar a la Cronopolicía. «Con lo bien que estaría yo dirigiendo el tránsito en algún cruce», se lamentó.

De pronto, vieron que se detenía un coche frente a la casa.

—Ese es —dijo Karnass.

Pip se apeó del vehículo. Sacó la nota supuestamente dejada por Bryna y consultó la dirección.

Luego avanzó a través del sendero central del jardín. Llegó a la puerta y llamó.

Momentos después, Broth aparecía ante sus ojos, sonriendo amablemente.

—Pase, pase —invitó—. Le estábamos esperando. Karnass volvió a mirar su reloj.

—Aguardaremos un par de minutos —decidió—. Luego entraremos a cumplir la orden del juez. Ya saben, la chica es nuestro objetivo principal.

—¿Y los otros? —consultó Ulhson.

—Si alguno se resiste, tiren a matar —contestó Karnass tajantemente.

*

—¿Le han hecho daño, Bryna? —preguntó Pip.

—Tranquilícese, muchacho —dijo Lwow—. La chica está perfectamente.

—No me han causado ningún daño —aseguró ella.

—Pero nos hemos visto obligados a traerla aquí —manifestó Broth.

—Es que, ¿sabe?, queremos que nos diga dónde está el jefe —añadió Lwow.

Pip se volvió hacia los pistoleros.

—¿Qué interés tienen ustedes hacia Jaskar? —preguntó.

—Es nuestro modus vivendi —contestó Broth cínicamente.

—Nuestro Banco viviente —agregó el otro.

—Comprendo —dijo Pip—. Pero me gustaría meterles en la cabeza la idea de que Jaskar no ha nacido.

—Y dale —refunfuñó Broth—. ¿Es que no saben dar otra excusa?

—Ellos creen que usted lo secuestró —intervino la chica.

—¿Yo? Eso es absurdo —Pip se echó a reír—. Es la cosa más divertida que he oído en los días de mi vida.

—Estamos perdiendo la paciencia —dijo Lwow hoscamente. De pronto, sacó la pistola—o ¿Quiere que le ocurra algo a ella?

Pip contuvo el aliento.

—¿Sería capaz de disparar?

—¡Sí!

Hubo un momento de silencio. Repentinamente, la puerta se abrió y tres hombres irrumpieron con violencia en la habitación.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó Karnass. La sorpresa fue general. Pip abrió la boca.

—Usted otra vez —dijo.

—Sí contestó Karnass torvamente—. Y ahora, puedo asegurárselo, no habrá golpes como en la ocasión anterior.

—Le duele todavía, ¿eh?

—Pero, ¿quién diablos son estos tipos? —barbotó Lwow—. ¿Se han creído que estamos en carnaval?

—Usted, cállese —dijo Karnass imperativamente—.

Señorita Goss, levántese; tiene que venir con nosotros.

Broth lanzó un rugido de rabia. Si aquellos extraños sujetos se llevaban a la muchacha, no podría obligar a Pip a que le dijese dónde estaba su jefe.

—¡Eso no! —protestó a voz en cuello.

Kamass le miró fríamente.

—¿Tiene usted algún modo de oponerse a mi decisión? —preguntó.

—Mire aquí, muchacho —dijo Lwow.

Karnass volvió la cabeza. Lwow apretó el gatillo. La descarga pulverizó al oficial. Ulhson dio un salto atrás y trató de sacar su pistola.

Tranquilamente, sin inmutarse, Lwow disparó por segunda vez. Ulhson se convirtió en un remolino de humo.

Mamey alzó los brazos rápidamente.

—¡No tire! —dijo—. Me rindo.

—Así está mejor —sonrió Lwow. Hizo una mueca—. ¡Llevarse a la chica! Hombre, hasta ahí podíamos llegar.

—Sam —dijo Broth—, todavía no hemos resuelto este problema.

En aquel momento, se oyó un golpe sordo. Bryna cayó al suelo.

Lwow lanzó un juramento.

—¡Maldición! ¡Se ha desmayado!

Instintivamente, se inclinó sobre ella. Pip, vivo como una centella, alzó el pie y golpeó la mandíbula del esbirro.

Lwow cayó de espaldas, lanzando un rugido de dolor. Broth intentó sacar su pistola, pero ya estaba en desventaja.

El puño de Pip actuó por segunda vez con demoledora contundencia. Broth cayó al suelo, sin apenas saber qué le había ocurrido.

Entonces, Bryna se incorporó sobre un codo y miró sonriendo al joven, a la vez que le guiñaba un ojo: —¡Bravo, Pip! —exclamó alegremente—. Veo que ha sabido aprovechar la ocasión.

Pip sonrió también.

—Usted me sirvió la ocasión en bandeja —contestó. De pronto se dio cuenta de que había un guardia de la Cronopolicía en la estancia.

—Por lo visto, el juez Crookes no es persona que desista fácilmente de su empeño —dijo.

Morney se encogió de hombros.

—La misión no me gustó nunca y así se lo expresé al capitán Karnass, pero no me hizo el menor caso.

—¿Sabe usted por qué quiere el juez Crookes arrestar a la señorita Goss?

—He oído hablar de un cronoclismo, señor, pero eso es todo lo que puedo decirle.

—Yo también se lo escuché en persona al juez —dijo Pip pensativamente—. Sin embargo, me parece que no es ése el único motivo.

—¿Cree que hay otro? —preguntó Bryna.

—Yo diría que sí, pero no tengo medio de averiguarlo.

—Pip, ¿para qué están los cronomóviles? Hubo un momento de silencio.

—¿Quiere viajar al año dos mil ciento cuarenta y seis? —preguntó Pip al cabo.

—Estoy viendo que no nos va a quedar otro remedio —contestó Bryna.

Pip reflexionó un momento. De pronto, se acordó de una cosa y se volvió hacia Morney. —Quiero hacerle una pregunta —expresó.

—Sí, señor —accedió Morney.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de un fusil cronoscópico? Es un arma que tira a través de las épocas...

Mamey pareció concentrarse en sí mismo.

—Tengo una vaga idea de haber escuchado algo al respecto, pero no puedo decir nada en concreto —contestó tras unos segundos de reflexión.

—Pero podría averiguarlo.

—Tal vez.

—¿Quiere ayudamos? —pidió Bryna ansiosamente.

—Ese fusil cronoscópico fue utilizado para asesinar a un hombre que vivió hace doscientos años —explicó Pip.

—Tal vez esa muerte pudiera producir consecuencias beneficiosas para algunos —añadió la muchacha—. De todas formas, es un crimen.

—El fin no justifica los medios —agregó Pip con acento sentencioso.

—De acuerdo —contestó Morney—. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Primero, instruimos sobre algunos usos y costumbres de su época. Segundo, averiguar dónde está y quién maneja el fusil cronoscópico.

—Haré todo lo que pueda —aseguró el guardia. Pip se volvió hacia la muchacha.

—Y nosotros iremos a hacer una visita al juez Crookes —dijo.

Bryna asintió. Luego hizo una consulta:

—¿Qué hacemos con éstos, Pip?

Broth y Lwow continuaban desvanecidos.

—Los dejaremos aquí —decidió Pip—. No creo que nos molesten más.

*

Bryna se contempló al espejo, primero de frente y luego de perfil.

—¿Le gusta, Pip?

El joven sonrió. Bryna estaba encantadora con su nueva indumentaria: chaquetilla muy corta, sin mangas, y pantalones igualmente cortos. Sobre el hombro izquierdo llevaba una especie de capa, que se sujetaba por medio de un cordón dorado que iba a pasar bajo la axila derecha.

El color era estridentemente rojo.

—Es la última moda del siglo XXIII —añadió ella.

—Encantadora —respondió Pip. Consultó su reloj—. Morney tarda demasiado.

—Esperemos, no hay prisa.

Pip se levantó y se acercó a la ventana de la habitación que habían tomado a su llegada al año 2246. Pip conocía la avenida, pero casi todos los edificios eran nuevos.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Ya está ahí.

Pip cruzó el cuarto y abrió. Morney apareció en el umbral.

—Tengo la dirección de la casa particular del juez —dijo.

—Estupendo —aprobó Pip.

—¿Qué hay del fusil cronoscópico? —preguntó Bryna.

—Todavía no sé nada... Bueno, he enviado algo. Encontré un artículo en una revista vieja. Hablaba de la posibilidad de enviar proyectiles a una época distinta. A fin de cuentas, también viajan las personas a otras edades.

—Eso es cierto.

—El artículo estaba firmado por un tal doctor Suqlos. No sé quién es, pero ya me enteraré.

—Nosotros iremos a ver al juez esta misma noche. Avísenos allí, si hubiese conseguido algo.

—De acuerdo.

Morney se dirigió a la puerta. Antes de salir, Bryna le llamó:

—Espere un momento, por favor.

—Sí, señorita —contestó el guardia.

—¿No le pasará nada por ayudamos?

Morney sonrió.

—Oficialmente, estoy todavía en el siglo pasado —contestó.

—Es decir, que el juez no ha recibido todavía el informe de la misión que encomendó al capitán Karnass.

—Así es. Seguro que se consume de impaciencia. Pip sonrió.

—Nosotros se la calmaremos a la noche —dijo—. Buena suerte, Morney.

—Gracias, señor Gighton.

El guardia se marchó. Pip contempló pensativamente el papel en que constaba la dirección del juez.

—Se me ha olvidado decirle una cosa a Morney —exclamó el joven de pronto.

—¿Qué es, Pip? —preguntó Bryna.

—Ese autor del artículo sobre el fusil cronoscópico, el doctor...

—Suqlos, Pipo

—Sí, el doctor Suqlos. Bien, debiera haberle dicho que averiguase dónde vive.

—¿Cree que resultaría interesante? —preguntó ella.

Pip hizo un gesto dubitativo.

—No estaría de más —contestó—, pero hablar con el juez es más urgente, Bryna.

CAPITULO XII

Desde la puerta exterior, Pip y Bryan contemplaron la lujosa residencia donde vivía el juez Crooke. Pip movió la cabeza varias veces con gestos admirativos.

—El animal humano no cambia con el paso de los tiempos —dijo filosóficamente—. Cualquiera que sea la época, siempre ambiciona el poder y la riqueza.

—Aunque sólo sea la riqueza —especuló Bryna.

—La riqueza da siempre poder —contestó él, Alargó la mano y presionó un timbre de llamada—. Esperemos a que nos abran.

La residencia del juez se hablaba en el centro de un frondoso parque, A través de los árboles, se veían varias ventanas brillantemente iluminadas.

Pip llevaba puesta una blusa holgada, que le llegaba a las caderas. Debajo de la misma llevaba dos cinturones. Uno de ellos era un traslator instantáneo.

Bryna llevaba puesto otro. Ambos habían convenido en usarlos si resultaba necesario.

De pronto oyeron una voz que brotaba de un altoparlante oculto:

—Identifíquense y expresen sus deseos.

—Mensaje urgente del capitán Karnass —dijo Pip impertérrito.

—Esperen unos momentos —ordenó la voz.

Pasaron dos minutos. De pronto, la puerta se descorrió silenciosamente a un lado.

—Tengan la bondad de pasar. Su Señoría acudirá a su despacho privado dentro de cinco minutos.

Pip y Bryna cruzaron el umbral. Al llegar a la casa, un sujeto de aire estirado, se acercó para recibirles.

—¿Quién de los dos trae el mensaje? —preguntó.

—Los dos —contestó Pip.

El sirviente pareció sorprenderse, pero no dijo nada.

—Por aquí, tengan la bondad. Su Señoría está conversando con unos amigos.

Pip y Bryna entraron en la casa. El mayordomo les condujo a una habitación elegantemente amueblada.

—Esperen, por favor.

—Gracias.

Los dos jóvenes se quedaron solos. Pip paseó su mirada por la decoración.

—Al juez le gusta vivir bien —comentó.

—Su cargo debe ser muy importante.

—Más que importante, que no hay duda de que lo es, debe de resultar productivo.

Ella le miró sorprendida.

—¿Qué quiere decir, Pip?

—Aguarda unos momentos, por favor.

Bryna asintió. Pasaron varios minutos.

De pronto, se abrió la puerta y entró Crookes.

—Capitán Karnass, me han dicha que...

El juez se interrumpió de repente, quedándose un segundo con la boca abierta. Pip sonrió.

—Temo que Su Señoría haya entendido mal —opinó—. Dije que traía un mensaje del capitán Karnass, no que era el capitán Karnass en persona.

Crookes cerró de golpe. Sus ojos centelleaban de furia.

—Usted otra vez —dijo.

—Y la señorita Goss, a quien Su Señoría ordenó arrestar. Los dos hemos venido dispuestos a averiguar los motivos del arresto.

—Están expresados en la orden de detención: sus actos provocarán un cronoclismo.

—¿Qué clase de cronoclismo? —preguntó ella—. Dígalo con claridad, juez.

Crookes apretó los labios.

—No tengo que dar explicaciones a nadie de mi conducta, y menos a dos delincuentes —respondió.

—¿Dónde está nuestro delito? —exclamó Pip—. ¿En oponemos a la ejecución de una orden dictada a cincuenta años en nuestro futuro? Sus mandatos pueden tener efectividad legal en esta época, pero no en la nuestra.

—¿Por qué no habla claro de una vez? ¿A qué teme? —le preguntó la muchacha.

Crookes retrocedió un paso.

—Voy a mandar que los arresten —anunció torvamente.

Pip metió la mano debajo de su blusa. —Yo no lo haría, juez.

—¿Me amenaza, Gighton?

—Sí, Señoría.

—Si intenta pedir socorro, le sucederá lo mismo que al capitán Kamass —añadió Bryna.

—¿ Qué le ha pasado a Kamass? —inquirió Crookes.

—Ha muerto y con él, uno de sus guardias.

Crookes se puso lívido.

—Lo han asesinado ustedes —acusó.

—No es cierto, pero, en todo caso, es una cuestión sin importancia. Lo que realmente interesa es que nos diga exactamente por qué quiere arrestarme —dijo Bryna.

Crookes apretó sus labios.

—No tengo que dar cuenta a nadie de mis acciones —contestó.

—Se equivoca, juez —habló Pip—. A nosotros sí que nos debe una explicación, porque nos sentimos afectados por sus actos.

—No lo diré...

—Creo que, en medio de todo, tampoco hace falta —sonrió Gighton, a la vez que sacaba del bolsillo un papel y lo lanzaba sobre una mesa contigua—. Aquí, en este recorte de periódico, hay algo que puede explicar mucho. Todavía hoy la Bolsa es un elemento financiero primordial en la economía del mundo.

La cara de Crookes se puso gris. Boqueó, pero no pudo articular una sola palabra.

—Usted consiguió el puesto de juez de Asuntos Cronológicos por influencias políticas —continuó Pip—. Lo sabemos de muy buena fuente; es un cargo muy delicado y que exige una gran honestidad y rectitud en quien lo desempeña. Pero usted carece de esas cualidades y ha puesto su cargo al servicio de sus propias ambiciones.

«Un cronomóvil no es un vehículo tan corriente como se quiere hacer parecer. Todos los movimientos de todos los cronomóviles, tanto hacia el pasado como hacia el futuro, están controlados por usted: exploraciones científicas, predicción del tiempo, excursiones culturales a otras edades de la historia... y otras excursiones, menos culturales, pero más provechosas, a épocas en que se puede conocer la marcha de tal o cual empresa de importancia y, en consecuencia, saber si progresará o no y si los artículos que fabrica se venderán o se pudrirán en los almacenes. En una palabra, lo que se llama jugar con ventaja.

Crookes no podía hablar. Inflexible, Pip prosiguió:

—Todo este lujo, esta ostentación, ¿de dónde salen si no son de los pingües beneficios que le proporciona el cargo? Naturalmente son negocios que se hacen discretamente, sin dar cuatro cuartos al pregonero; pero resultan altamente sustanciosos. ¿Me equivoco, juez?

—No dejaré que lo repita a nadie —masculló Crookes sordamente.

—Por eso quiere arrestar a la señorita Goss, porque el cronoclismo que va a provocar con sus acciones y que usted ha conseguido averiguar merced a una exploración cronológica, le dejará reducido a lo que era antes de conseguir el puesto que ahora ostenta: un simple abogadillo con muchas ambiciones y poco dinero, y no quiere perder esta posición, ¿verdad?

Crookes se ahogaba de rabia.

—¿Ordenó usted asesinar a Dick Smith, hace dos siglos y medio? —preguntó Pip.

Repentinamente, Crookes saltó hacia la puerta. Pip, más joven y ágil, llegó antes, lo agarró por un hombro y lo tiró para atrás con

violencia.

—Quieto, juez —dijo amenazadoramente—. No me obligue a matarlo.

Ahora, Crookes estaba aterrado.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó.

—Póngase en pie —ordenó Pip.

El juez obedeció. Pip volvió a meter la mano debajo de su blusa.

—Vamos a salir de aquí —dijo—. Usted dirá a su mayordomo que ha recibido una llamada urgente e inaplazable. Tenga en cuenta una cosa: si intenta huir, si intenta pedir socorro, le mataré sin vacilar. ¿Lo ha entendido bien?

Crookes asintió en silencio.

—Entonces, vámonos —ordenó Pip.

Momentos después, se hallaban fuera del parque.

Pip empujó a su prisionero hacia el coche que tenían estacionado en el exterior.

—¿Adónde piensa llevarlo, Pip? —preguntó Bryna.

—A un lugar donde pueda tenerlo seguro, sin probabilidades de que escape —contestó el joven.

*

Morney llegó a la mañana siguiente, con cara de satisfacción.

—Tengo buenas noticias —dijo,

—Estupendo —contestó Pip.

—Hable —pidió Bryna.

—Ya sé dónde está el fusil cronoscópico —declaró el guardia—. Lo difícil será llegar hasta él.

—¿Por qué, Morney?

—Está en el departamento de Investigaciones Temporales de la Cronopolicía. Es un lugar muy vigilado.

Pip meditó unos instantes.

—¿Dentro o fuera de la ciudad, Morney? —preguntó.

—Oh, fuera. Las investigaciones temporales requieren un aislamiento casi completo.

—Entiendo. Morney, ¿sabría usted guiarnos hasta las inmediaciones de ese laboratorio?

—Por supuesto. He hecho guardia allí unas cuantas veces.

—¿Qué personal hay de vigilancia? —quiso saber la muchacha.

—Al menos una docena de hombres, señorita. Todos bien armados y con órdenes severísimas.

—Es lógico. Bien, ¿vamos allá? —dijo Pip.

—Sí, señor, cuando usted quiera, Señor Gighton, quiero hacerle una pregunta.

—Diga Morney.

—¿Qué ha sido del juez?

—Lo tengo a buen recaudo —contestó Pip evasivamente.

—Se ha denunciado su desaparición. Nadie sabe dónde está.

—Morney, puedo asegurarle que, por ahora, no ha sufrido el menor daño.

—No es un tipo que me sea muy simpático, pero tampoco me gustaría ser cómplice de un asesinato.

—Quédese tranquilo, Morney; lo que menos deseamos nosotros es cometer un crimen.

—Todo lo contrario, nuestro único interés estriba en evitarlo... aunque se cometió hace doscientos cincuenta años —manifestó Pip.

Morney miró sorprendido a la muchacha. Pip le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Ya se lo explicaremos en otro momento —dijo sonriendo—. Ahora, por favor, guíenos a ese laboratorio de Investigaciones Temporales.

—Sí, señor, como usted disponga.

CAPITULO XIII

El edificio se hallaba en lo alto de una colina de poca elevación, en el centro de un recinto, enmarcado por una tapia de varios metros de altura, la cual apenas si permitía ver el tejado. En distintos puntos de la tapia se veían unas protuberancias cilíndricas, con aspilleras.

—Puestos de centinela —explicó Morney.

En torno a la tapia, el espacio se hallaba despejado y limpio de vegetación en un radio de doscientos metros. Pip, Bryna y Morney contemplaban el conjunto desde un bosquecillo cercano.

—Muy vigilado está todo eso —comentó Bryna.

—Se comprende —respondió Pip—. Para el juez es vital mantener el actual status. Es un cargo que le está rindiendo enormes beneficios y no quiere perderlo, lógicamente.

Bryna suspiró.

—No podremos entrar ahí —dijo.

—No sea pesimista —contestó Pip—. Hay un medio infalible de llegar al interior de esa fortaleza.

—¿Se refiere al traslator individual, Pip?

—Exactamente.

—Antes de usarlo, debiera comprobar si el laboratorio no está también protegido contra el uso de esos aparatos —sugirió ella—. No creo que el juez haya des-cuidado este detalle.

Pip se mordió los labios.

—No había pensado en ello —confesó—. Probablemente, el laboratorio estará protegido por una cúpula de energía; que nos abrasaría en el momento del traslado.

—Así opino yo, Pip.

Callaron un momento.

—¿Quiere decir que no lograremos pasar al otro lado? —dijo ella desanimadamente.

—Hay una solución —intervino Morney.

Pip y Bryna le miraron con gran interés.

—La conducción de energía eléctrica —dijo el guardia.

—Es cierto —murmuró Pip.

—Pueden tener un generador independiente —apuntó la muchacha.

—Pero no tendrá la potencia necesaria para mantener la cúpula de energía —aseguró Morney—. El consumo de energía es fantástico.

—Bien, en tal caso, ¿por qué no buscamos la conducción? —sugirió Pip.

—Voy a ver... —dijo Morney, y se alejó de la pareja, para regresar

un cuarto de hora más tarde—. Ya la he encontrado. Vengan, por favor.

Pip y Bryna siguieron al guardia. Minutos más tarde, se detenían ante un poste de cemento, de unos cuarenta metros de altura, rematado por una bola de cobre, de pulida superficie.

—Es conducción inalámbrica —dijo Morney.

Pip dirigió la vista hacia la casa, en cuyo tejado se veía una bola análoga, sostenida por un poste de una altura mucho menor. Los postes que servían para conducir la corriente estaban separados entre sí por una distancia de mil metros.

—Habrá que volarlo —dijo el joven.

—Yo me encargaré —exclamó Morney resueltamente.

Bryna le miró con simpatía.

—¿Cómo podremos agradecerle esto que hace por nosotros? —dijo.

Morney se encogió de hombros.

—Empiezo a comprender que cada cual debemos vivir en nuestra época, sin inmiscuimos en el pasado de otros ni modificar el futuro de los demás —contestó sencillamente.

*

La explosión resonó atronadoramente, a renglón seguido de un vivísimo fogonazo. La base del poste voló hecha pedazos y el resto de la estructura, al caer, se quebró con enormes crujidos, mientras en las alturas se veían unos cuantos chispazos azulados, procedentes del corte de la conducción inalámbrica de la corriente eléctrica.

—Ahora —dijo Pip apenas vio el primer fogonazo. Los traslatores individuales actuaron en el acto. Un segundo más tarde, Pip y Bryna se hallaban en el interior de la casa.

Había luz, sin embargo, proporcionada por algún generador auxiliar. Se oían voces de alarma y sonaban carreras de hombres desconcertados por la explosión.

Pip y Bryna se detuvieron en una habitación que era una oficina. Pip se acercó a la puerta y la abrió.

Pasos precipitados sonaron en aquel momento. Pip se retiró al interior, pero dejó la puerta entreabierta.

Un hombre pasó corriendo por delante de él. Pip alargó el brazo, lo agarró por el cuello y tiró con violencia hacia sí.

Bryna cerró la puerta Pip apoyó la pistola en el pecho del individuo.

—¿Dónde está el fusil cronoscópico? —preguntó.

El guardia, aterrado, no se sintió con ánimos para negar la respuesta.

—A... abajo, en el sótano...

—Gracias.

Pip movió la pistola. El guardia perdió el sentido instantáneamente.

—Vamos, Bryna.

Los dos jóvenes echaron a correr. Descendieron a la primera planta y se escondieron tras una puerta.

Alguien gritó:

—¡Salgan a investigar! ¡Disparen a matar contra cualquier sospechoso que vean en las inmediaciones!

La casa quedó deshabitada en pocos instantes. Pip y Bryna continuaron su camino.

Momentos después, se detenían ante la puerta del subterráneo. Pip hizo girar el pomo y la abrió.

Cruzó el umbral. Había dos hombres en la estancia, trabajando activamente en unos extraños artefactos.

Los dos individuos se volvieron en el acto al oír el ruido de la puerta.. Uno de ellos, joven y decidido, sacó su pistola.

Pip se le anticipó por fracciones de segundos. El sujeto desapareció convertido en humo instantáneamente.

El otro levantó las manos en el acto.

—No tiren —rogó, amedrentado.

Pip creyó soñar. A Bryna le pareció una coincidencia increíble.

—¡Doctor Solqus!—exclamó. El científico meneó la cabeza.

—En esta época me llamo Suqlos —rectificó.

*

Pip se acercó al fusil cronoscópico y lo examinó con singular atención.

—Y este es el trasto que puede matar a una persona a cientos de años de distancia —dijo.

—Sí —confesó Suqlos, avergonzado—. Tuve que negarlo...

—Usted mató a Dick Smith —acusó Bryna.

—No sé cómo excusarme...

—¿Por qué lo hizo? ¿Quién le dio la orden? —preguntó Pip.

—El juez Crookes.

—¿Por escrito?

Suqlos se irguió.

—Claro que sí. Mi responsabilidad tenía que quedar a salvo —contestó.

—Su responsabilidad —dijo Pip rabiosamente—. Matar a una persona es siempre un crimen, cuando no se trata de defender la propia vida.

—Y más si se trata de un hombre inocente.

—Muerto Smith, se evitan importantes cronoclismos —alegó Suqlos.

—Se lo ha dicho Crookes, ¿verdad?

—Y yo también he visto...

—Usted, ¿qué va a ver? —bufó Pip indignadamente—.

Esos cronoclismos no han existido más que en la imaginación de unos cuantos cretinos. Yo sé qué es lo que pasaría si Smith no hubiese muerto; y todo cuanto alegue usted, doctor, no es sino repetición de los argumentos que Crookes emplea para justificar sus acciones.

—De Crookes habría mucho que hablar —dijo Bryna—. Pero todavía no hemos explicado por qué se trasladó usted al año dos mil ciento noventa y seis, bajo el nombre de Solqus.

—Bueno, yo quería estudiar determinados aspectos de la vida en aquella época, a fin de proseguir en ésta con más éxito mis investigaciones sobre fenómenos temporales. Mi cronomóvil se averió ligeramente y tuve que encargar me construyeran varias piezas.

—Pero Bernton y Debbie le vigilaban a usted, ¿no es cierto?

Suqlos agachó la cabeza.

—Eran agentes de confianza de Crookes —confesó. Pip se volvió hacia la muchacha.

—Ahora ya entiendo cuál es el papel de Bernton en nuestra época, aparte de vigilar al doctor —dijo.

—¿Sí, Pip?

—Muy sencillo. Bernton está adquiriendo experiencia en cuestiones financieras. Seguro que está de acuerdo con el juez.

—Comprendo —dijo Bryna—. Bien, ahora que ya sabemos todo, o casi todo, ¿qué es lo que tenemos que hacer?

Pip volvió los ojos hacia Suqlos.

—Doctor, necesito que me diga la fecha exacta en que disparó contra Dick Smith —ordenó.

—Fue el día ocho de mayo de mil novecientos noventa y seis, a las cinco y cuarenta y cinco minutos de la tarde contestó el científico.

—¿Disparó usted? —preguntó Bryna.

—No, fue Hiisk... el hombre que ha muerto hace unos momentos.

—Otro esbirro de Crookes.

Suqlos hizo un silencioso gesto de asentimiento. Pip volvió a echar un vistazo al fusil cronoscópico.

—Doctor, nos vamos, pero volveremos a vemos —declaró.

Suqlos seguía callado. Instantes más tarde, Pip y Bryna habían desaparecido del laboratorio.

Mamey los acogió con gran alivio.

—¿Todo bien? —preguntó.

—No podemos quejamos —contestó Pip sonriendo.

—Siempre nos acordaremos de usted —dijo Bryna.

—Ha sido un placer poder ayudarles —declaró Morney sencillamente.

*

Bryna se mostraba irresoluta.

—¿Cree que saldrá bien, Pip? —preguntó con acento aprensivo.

—Al menos, tenemos que intentarlo —respondió él. Bryna vacilaba.

—Ahora que lo tenemos todo casi resuelto... me siento... Hasta tengo miedo.

—Si usted quiere, iré yo solo.

—No. —Bryna cerró los ojos un instante, respiró con fuerza y añadió—: En realidad, yo soy quien le metió a usted en este asunto. Por tanto, me avergonzaría toda mi vida si le abandonase en el momento más crítico.

—¿De veras cree que es el momento más crítico?

Yo pienso que lo peor ha pasado ya.

Bryna volvió los ojos hacia el joven.

—Sí, pero ahora tenemos que viajar al ocho de mayo de mil novecientos noventa y seis.

—Y llegar a tiempo de evitar el asesinato de Dick Smith.

—Suqlos sabe que lo intentaremos. ¿No probará él, a su vez, de interferir nuestra acción?

—Tenemos que correr ese riesgo, Bryna. Sea animosa y piense en que todo saldrá bien. Yo estoy firmemente convencido de que así será.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Está conmigo, a mí lado, ¿no? Esa es la mejor respuesta, Bryna.

Ella se quedó muy pensativa. Pip sonrió, aunque no dijo nada.

Empezó a manejar los controles del cronomóvil.

—Tenemos que llegar, al menos, un cuarto de hora antes —dijo, cuando tuvo todo casi a punto.

—Espero que nuestra indumentaria no choque a las gentes de finales del siglo XX —dijo Bryna, aprensiva.

Pip soltó una alegre carcajada.

—Querida, en aquel siglo, a partir de los años sesenta, la gente empezó a acostumbrarse a cualquier indumentaria, por disparatada que fuese. No tema, nadie volverá la cara para mirarla... a no ser por guapa, que en eso el hombre no ha cambiado nada.

Bryna se ruborizó intensamente. Y en aquel momento, Pip pulsó el botón de marcha y el cronomóvil se disparó hacia el año l99ó.

CAPITULO XIV

Los ojos de Dick Smith se iluminaron. Sí, allí venía ya su novia.

Smith dio un paso con la sonrisa en los labios. La muchacha le vio y agitó alegremente una mano.

Entonces, alguien golpeó a Smith en el hombro y lo hizo trastabillar. Smith rodó por tierra y el ramo de flores salió disparado al arroyo. Un automóvil pasaba en aquel momento y aplastó las flores.

Enfurecido por el golpe, Smith no prestó atención al ruido sordo que se había oído en la pared del edificio. Tampoco vio las esquirlas de piedra y metal que volaron por los aires, como consecuencia del disparo hecho doscientos cincuenta años después, fallado al no encontrar la bala su blanco humano.

La novia de Smith gritó asustada.

—¡Dick! ¡Dick!

De repente, se paró, completamente estupefacta. Dick se incorporaba, sacudiéndose de modo maquinal el polvo de la ropa.

Había una pareja al lado. Eran un hombre y una mujer, ambos jóvenes. Los dos sonreían.

—¿Es que no tiene usted ojos en la cara? —preguntó Dick, enfurecido por la caída y la pérdida de las flores.

De pronto pegó un salto.

—¡Nancy! ¿Por qué diablos vas con ese hombre? —gritó.

—¡Dick! Estoy aquí —exclamó su novia.

Smith volvió la cabeza, hecho un puro lío.

—Pero... Nancy... nunca me habías dicho que tuvieses una hermana gemela...

—Yo no tengo ninguna hermana gemela —protestó

Nancy.

Bryna sonreía.

—No somos parientes... actuales —dijo.

—El parecido es extraordinario —aseguró Pip.

—Ya le hemos salvado —dijo Bryna—. ¿Nos vamos, Pip?

—Sí, cuando quieras.

Pip y Bryna desaparecieron de la vista de los novios.

—¿He soñado? —balbuceó Dick, no muy seguro de sí mismo.

—Se han ido —dijo Nancy.

También se sentía intrigada, pero ya había oído hablar de ensayos de traslatores individuales y sospechó que aquella pareja estaba haciendo pruebas del invento.

Nancy agarró el brazo de su novia. —Vamos, Dick.

—Las flores... Lo siento, nena; esos tipos me empujaron...

—No te preocupes, Dick; no es cosa que tenga importancia. Por cierto, ¿cuándo nos casamos?

Dick empezó a sentirse mejor.

—Cuando tú digas, cariño. Ya sabes que estoy dispuesto en cualquier momento.

—Mañana —decretó Nancy sin vacilar.

*

—El parecido es extraordinario —observó Bryna.

—En efecto, pero sus temores son infundados. Usted no desciende de Dick Smith y de Nancy. Su directo antepasado es una hermana de la madre de Nancy.

—Comprendo. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—Oh, he hecho investigaciones —dijo Pip con displicente acento.

—¿Y el parecido?

—Una curiosa coincidencia, un caso de atavismo en lo fisonómico, nada más.

Ya habían vuelto a su época. Todavía, sin embargo, no habían desembarcado del cronomóvil.

—¿Qué piensa hacer usted ahora? —preguntó ella.

—Muy sencillo: volver al momento de la entrevista con Jaskar. Desapareció al ser asesinado su antepasado, pero como hemos evitado el crimen, ha vuelto a existir. No se acordará ni sabrá nada, por supuesto; para él, es como si no se hubiesen producido todos estos acontecimientos.

—Son lo que se llama paradojas temporales, ¿no es así?

—Exactamente. Se está y no se está; se vive y no se vive; ocurren hechos y no ocurren; todo sucede y nada pasa, salvo lo que, inmutable, sigue su curso a lo largo de su onda temporal y, aunque lo pierda momentáneamente, vuelve a recobrarlo al poco tiempo.

—Como lo que nos ha pasado a nosotros.

—Así es, en efecto.

*

La conversación con Jaskar se repitió. Al fin llegó el momento en que Jaskar decía:

—Nada de humilde, querido Pip. Me han hablado muy bien de usted y he pensado que...

Pip interrumpió fríamente a su visitante.

—Señor Jaskar, conozco sus pensamientos. Es usted un miembro prominente de la Interfinancial, una pandilla de ladrones escudada

bajo una apariencia respetable. Usted va a proponerme que abandone mi compañía y que me vaya con ustedes. Le diré que ha perdido el tiempo.

Jaskar se congestionó.

—¡Señor mío! ¿Cómo se permite usted...?

Pip arrojó sobre la mesa un sobre de gran tamaño.

—Eso son pruebas de sus desafueros —dijo—. Fotografías, naturalmente, ya que los originales están en mi poder. Liquide todos sus asuntos, abandone la política y retírese a vivir en el campo o haré públicos esos documentos.

Jaskar se quedó anonadado.

—¿Cómo lo ha conseguido? —dijo con voz débil.

—No se lo diré, es un secreto mío, pero sí le exijo que mañana haga una declaración pública de sus proyectos. Ponga su salud como excusa; le creerán fácilmente. Así como así —agregó Pip con una risita—, le conviene rebajar la presión arterial o cualquier día estallará como un triquitraque.

Jaskar husmeó un poco el contenido del sobre. Luego, apretándolo contra su pecho, se puso en pie.

—Haré lo que me dice —murmuró.

—Saldrá ganando, se lo aseguro. Ah, y deshágase de esos dos gorilas; podrían salir a relucir las barbaridades que han cometido por orden de usted.

—¿Conoce a Alfie y a Sam?

—Los conozco, pero ellos no me conocen a mí. Despídalos, insisto.

Abrumado, Jaskar se retiró. Antes de salir, Pip le hizo una pregunta:

—¿Tiene usted algún hijo?

—Sí. Estudia en la Universidad.

—Piense en él. Seguramente no conoce sus trapicheos. No le dé motivos para avergonzarse de su padre.

Jaskar se marchó. Acto seguido, Pip se encaminó al despacho de Bernton en el que entró sin llamar.

—Hola, Pip —saludó el director general—. ¿Le ocurre algo?

—Sí. Vengo a exigirle la dimisión.

—¿Cómo? —Bernton botó literalmente en su asiento.

—Ya lo ha oído. Dimita. Luego llévese a su esposa al siglo próximo. No vuelvan más a esta época.

La mandíbula inferior de Bernton se aflojó. Pip se volvió hacia la puerta.

Desde allí se volvió y miró al otro sonriendo.

—¿Tan mal se vive en el año dos mil doscientos cuarenta y seis? —preguntó.

Bernton, estupefacto, no supo qué contestar.

Pip abandonó el despacho. Sabía que Bernton y Debbie volverían a su época.

—Cuando lleguen allí, se encontrarán con un tremendo chasco. Creerán que lo han soñado —murmuró.

*

El juez Crookes acogió a Pip con una serie de gritos histéricos.

—¡Por fin! ¡Ya era hora de que volviese! ¿Dónde diablos se ha metido todo este tiempo? Pensé que iba a dejarme morir de hambre y de sed... Y estos andrajos, ¿cómo aparecieron súbitamente sobre mí, en lugar de mis ropas habituales?

Pip miró al juez con ojos llenos de severidad.

—Señor Crookes, lo primero que le diré es que ya no es usted juez de Asuntos Temporales ni cosa que se le parezca.

—¿Quién me ha destituido? ¿Usted? —chilló Crookes.

—No. Sencillamente, el Parlamento no aprobó la ley por la que se creaba su cargo.

—Pero... pero eso es imposible. La ley se votó, yo lo recuerdo perfectamente...

—Con oposición de un gran número de parlamentarios. El resultado dio la victoria a los que querían que se aprobase la ley de Asuntos Cronológicos por la mayoría de un solo voto.

—Sí, así sucedió...

—Así «debería» de haber sucedido, si no fuese porque el parlamentario que debía haber concedido ese voto favorable a la ley, lo dio negativo. El resultado fue un empate y, en la segunda votación, la propuesta fue derrotada. Por tanto, no hay División de Cronopolicía ni Juzgado de Asuntos Cronológicos.

—Usted ha alterado las líneas del tiempo...

—Evitando la muerte de Dick Smith, con lo que, en realidad, he hecho que los acontecimientos sigan su curso normal. Por eso lleva usted esos ropajes, los de un abogadillo de tres al cuarto y no los de un político que usó su cargo para su provecho propio. Sencillamente, usted no ha sido jamás juez de Asuntos Cronológicos.

Crookes no sabía qué contestar.

—Por cierto —sonrió Pip—, el parlamentario que negó su voto a la ley y originó el empate, se apellida Jaskar. Es un descendiente de Dick Smith, uno de cuyos nietos no tuvo hijos varones y su única hija casó con el primer Jaskar. Curioso, ¿verdad?

Pip abrió la puerta de la habitación donde había tenido encerrado a Crookes todo aquel tiempo.

—Ya puede salir —dijo—. Ahora ya no es nadie. Crookes abandonó la estancia. Sentíase completamente derrotado.

De pronto, recordó que en su antiguo domicilio guardaba un traslator individual. Como loco, corrió en busca del aparato. Sabía que Pip usaría su cronomóvil y quería impedirle la vuelta a su época. Todavía podía arreglar las cosas. Dick Smith volvería a ser asesinado y...

*

—Aún podemos evitar la derrota, querida —dijo Bernton.

—¿Cómo? —preguntó Debbie.

—Iré a buscar a Crookes. Debe de estar en su antiguo domicilio. Luego trataremos de localizar a ese maldito Gighton...

Bernton hablaba mientras se ajustaba su traslator individual. Marcó las coordenadas y pulsó el botón de despegue.

Llegó a la casa de Crookes en el momento en que el ex juez se ajustaba su cinturón. Los cálculos mal efectuados determinaron la colisión de los dos cuerpos con inenarrable violencia.

Por fortuna para los vecinos del inmueble, Bernton no se materializó por completo en el mismo espacio que ocupaba Crookes. Solamente una pequeña fracción de su cuerpo entró en contacto con el de Crookes, pero fue suficiente para que los dos muriesen instantáneamente.

*

—¡Por fin! —suspiró Pip.

Bryna estaba regando las flores de su terraza.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, Bryna. —Pip sonrió por encima de la valla—. ¿Puedo pasar?

—Claro.

Pip saltó al otro lado.

—Jaskar no será presidente, con lo que el peligro de una catastrófica actuación suya se ha desvanecido —dijo.

—¿Cómo consiguió los documentos? —preguntó ella.

—Bueno, usé el traslator y entré en su casa. Como lo hice en una época anterior, esperé hasta que le vi abrir un día su caja fuerte. Aprendí la combinación...

—Y luego se dedicó a la fotografía.

—Efectivamente.

—¿Qué dijo Crookes?

—Imagíneselo.

—¿Vio a Suqlos?

—Sí. He destruido el fusil cronoscópico.

—Una buena solución —suspiró Bryna.

Callaron un momento.

—Así que usted sabía que yo no podía desaparecer —dijo ella a poco.

—Bueno, puesto que Dick estaba muerto, usted tenía que haber desaparecido ya, si hubiera sido descendiente directo de él, como lo era Jaskar. De todas formas, hice averiguaciones y hallé lo que ya sabe.

—Soy descendiente de la hermana de la suegra de Dick.

—Exactamente.

—Entonces, mis temores eran infundados.

—Ya no tienen razón de ser —sonrió él.

Bryna meneó la cabeza.

—No es bueno tratar de alterar el curso de los acontecimientos por medios artificiales —dijo.

—Sólo se puede hacer siguiendo el curso natural de la vida. Por ejemplo, usted y yo podemos alterar las líneas de nuestra existencia sin recurrir a cronomóviles ni cosas por el estilo.

—¿Cómo, Pip? —preguntó ella, intrigada.

—Tú eres soltera, yo soy soltero. Si nos casamos, habremos alterado el curso de nuestras vidas.

Bryna sonrió.

—Estableceremos una nueva onda temporal para nosotros —dijo.

—Por un procedimiento tan viejo como la humanidad —contestó él, encerrándola en sus brazos.

FIN